

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

EL RELOJ

vic logan



EL RELOJ

SERVICIO SECRETO Nº 1128

©1972, Logan, Vic

©1972, BRUGUERA, S. A.

UUID: aba7da7b-9951-4838-bd99-cb2913156a19

Generado con: QualityEbook v0.84

EL RELOJ

VIC LOGAN

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.128

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



Depósito Legal B 169 —1972

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1972

© VIC LOGAN —1972 *sobre la parte literaria*

© SALVADOR FABÁ — 1972 *sobre la cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2
Barcelona - 1972

ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA PUBLICADAS POR
ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.106. — El cuadro.

En Colección PUNTO ROJO:

514. — Vas a morir, amor mío.

En Colección ASES DEL OESTE:

669. — Disparos al amanecer.

En Colección SALVAJE TEXAS:

787. — Superstición City.

En Colección KANSAS:

672. — Madera podrida.

En Colección BRAVO OESTE:

571. — La larga noche del pistolero.

En Colección CALIFORNIA:

798. — En legítima defensa.

En Colección COLORADO:

720. — De distinta raza.

CAPÍTULO PRIMERO

LONDRES, 1940.

Las sirenas de la alarma aérea ya no desvelaban a los ingleses porque se habían acostumbrado a ellas como algo del cotidiano vivir de todos los días.

La Luftwaffe alemana bombardeaba Inglaterra a todas horas.

Manzanas enteras de casas quedaban barridas. Grandes edificios se desmoronaban como castillos de naipes.

El club de oficiales, como todo Londres, había quedado a oscuras.

Luego las sirenas anunciaron que el peligro había cesado, y empezaron a sonar otras sirenas: las del cuerpo de bomberos, o las ambulancias para limpiar los escombros, para salvar a los que no habían tenido tiempo de ir al refugio... para recoger a los muertos.

John Kelly se sacudió el polvo del uniforme y miró en derredor.

Las luces del club de oficiales habían vuelto a encenderse.

John era simplemente un soldado raso a punto de incorporarse. Recién dado de alta de la instrucción, llevaba en su bolsillo la orden de partida.

Jackie Scott se sentó de nuevo en el taburete del bar.

El hecho de que ambos no fueran oficiales no importaba para que permaneciesen en el club.

—Menos mal que la cerveza no se ha derramado —murmuró Kelly con escepticismo.

—¿Cuándo te largas? —inquirió Jackie.

Jackie era un veterano del cuerpo expedicionario que esperaba nuevo destino.

—La orden es para pasado mañana —repuso John volviendo a su cerveza.

—Una verdadera lástima... ¿eh?

—Hay que defender a la patria —sonrió John haciendo un alto con la jarra de cerveza.

—Con cinco mil libras en el Banco... —insistió el otro.

—No es necesario que se entere todo Londres —atajó John Kelly soltando su cerveza.

—¿Y si hablásemos de lo nuestro? —inquirió Jackie mirándole con el rabillo del ojo.

—Jackie... ¿Por qué no te ocupas de tus cosas? —repuso John Kelly dejando su cerveza y haciendo intención de irse.

—Es que... —atajó el otro con cierto retintín—. Me interesa... ¿Sabes? Estos son tiempos malos y...

—Adiós, Jackie. Tengo que hacer.

John Kelly salió dejando al compañero con la palabra en la boca.

Momentos después John tomó un taxi en la calle, cuando a lo lejos sonaban todavía las sirenas de las ambulancias.

Londres estaba prácticamente desierto. Miles de personas dormían en los refugios, y los que circulaban por las calles lo hacían por pura necesidad. Acaso para comprobar si sus casas habían sido pasto del último bombardeo o por ir a atender a amigos y familiares afectados por las bombas destructoras.

John Kelly también tenía sus propias necesidades...

Jackie Scott le vio partir en el taxi y buscó con la mirada otro vehículo de servicio público.

—¡Eh! —llamó.

Una mujer era la conductora.

—Siga aquel taxi que está doblando la esquina —ordenó una vez dentro del vehículo.

John Kelly siguió su camino.

Diez minutos más tarde se detenía en un bar en el barrio del Soho.

Entró y buscó con la mirada a alguien.

La clientela del local era más bien escasa y no le costó ningún trabajo dar con la persona a la que había ido a ver.

Se trataba de un hombre de edad similar a la suya. Un tipo que vestía con cierta elegancia y que tenía ante sí una limonada.

En la silla contigua colgaba un bastón, lo que demostraba un cierto defecto al andar que le obligaba a utilizar tal utensilio.

John se encaminó hacia él.

—Hola, Kelly —saludó el del bar—. Le estaba esperando.

—El bombardeo me ha retrasado. Lo siento —repuso John.

—No tiene importancia, aunque hubiera lamentado perderme el espectáculo del Leicester. Dicen que es una buena revista.

—Es una suerte que su país no esté en guerra, amigo Moore —sonrió John tomando asiento.

—Para algunos la suerte sería que los Estados Unidos tomaran parte activa en la contienda. Las guerras no son malas para todo el mundo.

—¿Se refiere usted a los pescadores en río revuelto?

—Me refiero a los negocios. Es lo mío. ¿Toma usted una limonada? Creo que sigue siendo su bebida nacional.

—No, gracias. Ya he bebido cerveza hace un momento.

—Entonces vayamos al teatro... Tengo muchos deseos de ver esa revista de la que le he hablado.

—Pues no nos la perdamos —repuso John poniéndose en pie.

El americano se incorporó con alguna dificultad. John le aproximó el bastón para que se apoyara.

—Gracias... Esa pierna me fastidia bastante. Parece mentira que un trozo de madera pueda servirnos de tanto...

Se alejaron ante la indiferencia general de la escasa clientela.

Ya en la calle, el americano murmuró:

—Mi coche está en la esquina.

—Moore... Antes quisiera que hablásemos de lo nuestro.

El americano sonrió.

—Es usted muy impaciente...

—Tengo que incorporarme a mi unidad dentro de dos días.

—Hoy estamos a lunes... ¿Es el miércoles?

—El jueves a primera hora exactamente.

—Entonces hay tiempo, querido amigo... Hay mucho tiempo por delante.

—Tengo que preparar algunas cosas...

—No se preocupe, Kelly. Déjelo todo en mis manos y viva tranquilo. Lo que usted desea saldrá a pedir de boca. —Y el americano sonrió con suficiencia, luego añadió—: Y ahora... al teatro... Una revista con bellas mujeres es siempre un espectáculo reconfortante. Me alegro que los ingleses no hayan perdido el buen humor a pesar de las bombas alemanas.

Subió al coche, dejó el bastón a su lado y abrió la portezuela para que John Kelly se sentara en el asiento contiguo.

Cuando el automóvil se alejó, de la esquina surgió la figura de Jackie Scott que frunciendo el entrecejo miró muy interesado aquel vehículo.

Capítulo

II

LONDRES, al día siguiente.

John Kelly estaba en el Banco momentos después de que el establecimiento abriera sus puertas.

Firmó un cheque y se aproximó a la ventanilla.

El empleado leyó:

—Cinco mil trescientas cincuenta y ocho libras... ¿Es eso lo que desea cobrar?

—Sí. Y dese prisa, por favor. Es el total de mi cuenta.

—¡Ah! Muy bien...

El empleado se alejó un momento y entregó el cheque a otro departamento para su comprobación.

A John Kelly le pareció que tardaba más de lo acostumbrado.

—¿Qué pasa con mi cheque? La cuenta está a mi nombre y no es la primera vez que vengo a retirar dinero.

—Disculpe, señor Kelly. Enseguida le atenderán.

—Yo lo único que deseo es cobrar. Tengo prisa.

Antes de que el empleado pudiera responder, apareció otro llamando a John:

—Señor Kelly... Tenga la bondad de seguirme.

John lanzó un bufido mascullando entre dientes:

—Debí haberlo supuesto... Vamos allá.

El nuevo empleado le condujo hacia el departamento de los despachos privados. Se detuvo en la puerta que decía: «James Carradine. Consejero delegado».

El empleado llamó a la puerta con los nudillos y aguardó a que

desde dentro una voz autorizara:

—Pase.

—Adelante, señor Kelly —murmuró el empleado cediendo el paso a John.

Se hizo a un lado después de franquearle la entrada y se retiró cerrando las puertas y dejándole a él en el despacho del consejero delegado.

James Carradine era un hombre que entraba en la década de los cincuenta a los sesenta, si bien su edad estaba más próxima a la última parte de esa década.

Recibió a John con un gesto paternal.

—Pasa, hijo... Pasa, y siéntate cómodamente... Hace tiempo que deseaba hablar contigo... Mabel me ha dicho que has recibido orden de incorporarte... Quería desearte buena suerte...

—Señor Carradine... Tengo un poco de prisa. Supongo que si ha hablado con Mabel sabrá usted que me voy el jueves a primera hora.

—Sí. Lo sé, pero...

—Tengo que solucionar algunas cosas y no dispongo de mucho tiempo, como puede suponer.

El gesto de James Carradine se tomó grave:

—John... muchacho, ¿estás en algún apuro?

—No... ¿Por qué?

—Hummm... No es que a mí me importe lo que tú hagas con tu dinero, pero mi deber es...

—Sé lo que va a decirme, señor Carradine —cortó tajante, John—. Lo siento. No preciso de ningún consejo financiero. Si saco todo mi dinero del Banco es porque me han propuesto un buen negocio... Ahora voy a permanecer mucho tiempo sin poderme ocupar personalmente de mis asuntos... Es lógico que quiera dejar las cosas arregladas antes de partir...

—Un negocio de cinco mil libras... Hum... Es una buena inversión. Espero que hayas sido bien aconsejado...

—No se preocupe en absoluto, señor Carradine. Sé perfectamente lo que me hago.

El banquero carraspeó:

—Bien, John... No quisiera que tomaras mi interés como algo personal... Tu posición particular y lo tuyo entre mi sobrina Mabel y tú es completamente aparte.

—Desde luego, señor Carradine... Son completamente aparte —atajó John algo hastiado.

—Bien... Diré que te traigan tu dinero.

—Lo cobraré en caja, señor Carradine. No quiero que pierda ni un segundo más de su precioso tiempo. Con su permiso.

La entrevista no se había caracterizado precisamente por la cordialidad. Por lo menos, por parte de John Kelly había existido desde el principio un marcado deseo de verse libre de James Carradine, a pesar de que el consejero delegado del Banco era tío carnal de Mabel, su prometida.

El cajero le pagó las cinco mil libras y pico que John contó rápidamente y después metió en un billetero para salir seguidamente a la calle.

La siguiente visita del soldado fue para Mabel: su novia.

Ella estaba sola en el piso del distrito de Maida Vale.

—¡John! No te esperaba a estas horas... ¿Te quedarás a almorzar?

El gesto de John no era tan risueño como el de Mabel.

Bien al contrario. Para el joven, aquella visita parecía resultarle totalmente incómoda. Como algo que hay que hacer sin el menor deseo de hacerlo.

—Estaré sólo un momento, Mabel —repuso él con alguna sequedad.

—¡John! ¿Es que ocurre algo? Dijiste que te marchabas pasado mañana. ¿No es así?

—Sí. Así es.

—Bueno... Toma al menos un aperitivo. Todavía nos queda vermut.

—¡Mabel! —cortó él— Estoy intentando algo que tu exquisita amabilidad me pone muy difícil. De veras. Te ruego que procures dejar de hablar durante dos minutos... Intentaré explicarte por qué he venido.

—John... Me asustas... Te encuentro extraño...

—Tal vez porque no encuentro las palabras precisas para decirte que es mejor olvidamos de... de «lo nuestro».

—¿Eeeh...? Creo... Creo que no te he entendido bien.

—Lo siento, Mabel. No quisiera hacerte daño... Tú has sido una persona excelente... No... No tienes la culpa de lo que ocurre. Es... Es la guerra. Compréndelo.

—No. No lo entiendo —repuso ella serenamente—. Pero si tú te has cansado de mí...

—No es eso, Mabel... No... Seguramente no lo entenderías... Bien,

digamos que el jueves me voy. Quizá no vuelva nunca. No quiero dejar a nadie que me espere... No. Sería una tortura innecesaria. Te devuelvo la palabra y seguiremos libres los dos.

—Si es por esto...

—Es por... ¡un montón de cosas, Mabel! De veras. Es mejor así... ¡Ya está dicho!

John parecía haberse quitado un gran peso de encima.

Ella le miraba con frialdad y a la vez con extrañeza.

No. No podía esperar una cosa semejante de John... Porque tampoco podía comprender la razón concreta de su actitud.

—Si te ocurre algo, John... Hace días que te encuentro un poco extraño...

—Por favor, Mabel —cortó él impaciente—. Es mejor no insistir sobre esto... Adiós, Mabel. Yo sé que... que tendrás suerte.

Ella dio un paso adelante. Quizá intentaba paliar la frialdad de aquella despedida. Luego se detuvo. Miró fijamente a los ojos del hombre. Él también la miró a ella. Luego dio la vuelta en silencio. Abrió la puerta y salió, cerrando rápidamente.

Fuera ya de la casa, el rostro de John no era ciertamente el de un hombre alegre.

Parecía haberle dolido profundamente haber tenido que despedirse de Mabel. Sin embargo... ¿por qué lo hacía? ¿Qué cosa estaba tramando?

¿Qué escondía?

Capítulo



JOHN KELLY contó el dinero. Tomó dos mil libras y las guardó en un bolsillo.

Cogió el resto y miró en derredor de la amplia habitación estilo isabelino.

Los muebles, bien cuidados, vestían la casa con la severa elegancia de épocas pasadas.

Era una casa grande. Demasiado grande para un hombre solo.

John se encaminó hacia el mueble-bar. Abrió las pequeñas puertas y quedaron al descubierto varias botellas. Era un buen botín para los tiempos de guerra.

Elegió una botella de ginebra a medio empezar y se sirvió una buena dosis, a la que añadió soda.

Dejó el dinero que llevaba en la mano entre las botellas.

Con el vaso se dirigía hacia la biblioteca —situada en la pieza contigua.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Consultó el reloj e hizo un mohín de extrañeza. Indudablemente todavía era temprano para esperar visitas.

Dejó el vaso sobre la mesa y fue a abrir la puerta.

En el umbral apareció un hombre de su misma edad. Llevaba el uniforme de la RAF y se apoyaba en un bastón.

Llevaba el pie escayolado, pero su rostro se mostró sonriente.

—Bueno, Johnny... No vas a dejarme en el umbral para que eche raíces —dijo el recién llegado.

—Pasa, George. La verdad es que no te esperaba.

—Gracias. ¿No me preguntas nada? ¿No observas nada especial en mí?

—¿Te hirieron?

—Creí que te habías enterado. He pasado tres semanas en el hospital. Metralla en el costado, y por si fuera poco un pie roto. Total, un descanso. Pensé que irías a visitarme.

—Lo siento. He estado muy ocupado... Además, no lo sabía.

—Mandé recado.

—Pues no lo he recibido.

—Hummm... —el recién llegado miró en derredor. Vio el bar abierto, el vaso de whisky sobre la mesa y acentuó su sonrisa—. Quizá he llegado en un mal momento,

—Espero a una persona...

—Esto parece una despedida...

—Lo es, George. Salgo mañana para el frente.

—Comprendo... Esperas a una chica...

—Acertaste.

—¿Mabel?

—Haces demasiadas preguntas.

—Bueno... Dame un trago y me voy. Sólo uno... Me encanta esta casa, ¿sabes? Tiene algo especial.

—Y te encanta mi whisky.

—Si te sabe mal invitarme...

—No, George. Somos buenos amigos. Te daré ese trago.

George, risueño y alegre, avanzó unos pasos con la diligencia que suponía andar con el pie escayolado con la única ayuda del bastón. Sus ojos se detuvieron en el dinero que estaba entre las botellas del mueblebar. Lanzó un silbido.

—¿Vas a ir a la guerra con todo ese dinero?

—¿Eh? —inquirió John un tanto desconcertado—. ¡Oh, no, claro que no!

Parecía contrariado por aquella visita.

Cierto que George Kane era un buen amigo, pero en aquellos instantes, John tenía otros planes.

Consultó el reloj y seguidamente entregó el vaso a su amigo.

—Lo beberé de un trago —sonrió George—. Y ahora lamento habértelo pedido... Conozco el verbo estorbar.

—No digas estupideces... Tenemos tiempo... Bebamos. —Y John

tomó su vaso y lo levantó simbólicamente.

—A tu salud, muchacho... Espero saber dónde te destinan.

—No te preocupes. Te escribiré...

George bebió de un trago tal como había prometido.

Cuando dejó el vaso sobre la mesa, su sonrisa había desaparecido. Ahora parecía preocupado, no por sí mismo sino por su amigo. El frío recibimiento de que había sido objeto era algo que no podía pasar por alto.

—Bueno... —murmuró—. Dale un beso a Mabel de mi parte... Sé que lo harás de todos modos. Adiós.

Dio la vuelta y apoyándose fuertemente en el bastón tomó el camino de la puerta.

—George —le detuvo John.

El amigo se volvió.

—George... He roto con Mabel.

—¿Qué diablas estás diciendo?

—Ya me has oído.

—Pero... ¿qué os ha pasado?

—Nada. No ha sucedido nada.

—Mabel es una gran chica.

—Precisamente, George. Precisamente. No quiero atarla a mí... No sé lo que puede ocurrirme y prefiero darle la libertad.

—Es absurdo... Absurdo, John. No lo comprendo... En fin... supongo que no es de mi incumbencia, pero...

—No. No es de tu incumbencia —cortó John consultando con impaciencia el reloj.

—Comprendo... —George miró de nuevo el bar abierto y el dinero. Un buen montón.

—Y no te metas a detective... Todo es más sencillo de lo que crees...

—Cerré mi oficina de investigador privado cuando me incorporé —sonrió George—. Además... no suelo ocuparme de las vidas privadas de los otros, pero, francamente, creí que tú y yo éramos amigos.

—Y lo somos, George —repuso John—, Pero el que haya roto con Mabel no es cosa tan grave. A la larga me darás la razón.

—Y esa persona a la que esperas...

—Es una mujer, desde luego.

—Bien... Que tengas suerte, amigo. Adiós. No te molestes en acompañarme. Conozco el camino.

John se quedó en el centro de la estancia viendo cómo su amigo desaparecía al cruzar el *hall*.

Luego oyó el abrir y cerrar de la puerta.

Caminó hacia el vestíbulo como si quisiera asegurarse de que realmente George se había ido.

Lanzó un suspiro y volvió al salón. Consultó el reloj por enésima vez y se sirvió un nuevo whisky.

Con el vaso en la mano y ante una cornucopia, John quedó mirándose a sí mismo.

Una extraña sonrisa se dibujó en sus labios.

Luego sonó el timbre de la puerta.

Eran las siete en punto de la tarde.

Dejó el vaso y fue a abrir la puerta. Seguro de que iba a encontrarse con la persona que estaba aguardando.

Capítulo IV

EL bombardeo empezó a las siete y cuarenta y cinco minutos de la tarde.

La alarma aérea duró exactamente treinta y cinco minutos.

Los bombarderos alemanes, tras descargar su mortífera carga en Londres, desaparecieron del cielo inglés perseguidos por los cazas británicos y por los disparos de la DCA.

De nuevo volvieron a oírse las sirenas de las ambulancias y de los bomberos.

Camiones conducidos por los voluntarios de la defensa nacional colaboraban en la recogida de heridos.

En casa de Mabel volvieron a encenderse las luces.

George, sentado en la butaca delante de Mabel, murmuró:

—¿Y no os sentiríais más seguros en el refugio?

—Muchas personas prefieren estar en su casa —repuso ella ambiguamente.

James Carradine, tío carnal de Mabel y dueño de la casa, musitó:

—La culpa es mía, George. Soy yo el que prefiero estar en casa, pero le dije a Mabel que si prefiere el refugio...

—No, tío. Ya discutimos esto... Si tú te quedas, yo también.

—Conforme, Mabel. Yo sólo... sólo he venido a saludarte —murmuró George.

—Has sido muy amable, George.

—Te he devuelto sólo una de las varias visitas que me hiciste cuando estaba en el hospital.

—Bueno... Creo que debía ir. ¿No? Somos amigos...

—Una amistad que yo no desearía perder, Mabel... Ocurriese lo que ocurriese.

Ella carraspeó como si comprendiera más allá de las palabras del soldado.

—¿Has... visto a John? —preguntó la joven.

—Sí...

—Disculpadme —intervino tío James.

—No, no. Por mí puede quedarse —adujo George—. Sé todo lo que ocurre. Le vi antes de venir aquí.

—Entonces te habrá dicho que hemos roto —murmuró Mabel.

—Esto es lo que sé... Pero me gustaría saber qué es lo que ha ocurrido... Quizá no tenga más derecho del que me da mi amistad... Pero últimamente está un poco raro... Yo estoy seguro de que sabía lo de mi herida... Sin embargo, no vino a visitarme. Hoy le he encontrado como si estuviera ausente y, desde luego, deseando que me fuera de su casa.

—Yo tampoco lo sé, George... Ignoro lo que ha podido pasarle. George cambió una mirada con James Carradine.

—Tenía mucho dinero en casa.

—Sacó todos sus fondos del Banco esta mañana —dijo James.

—¿Para qué?

—No quiso decirlo. A mí, particularmente, no me interesa el destino que pueda dar a su dinero. Simplemente, intenté averiguarlo para darle un buen consejo. Pero no quiso escucharme.

—¿Y no les parece todo esto... bastante extraño?

Silencio.

—John no solía comportarse así.

—No —musitó James.

Mabel guardaba silencio, como si todo aquello no fuera con ella a pesar de que estuvieran hablando de su ex prometido.

—Cierto que John nunca ha tenido el carácter muy abierto, pero incluso en su forma de ser introvertida resultaba normal. Sin embargo, su proceder de ahora no lo es —manifestó George, pensativo.

Mabel cortó:

—No hay que darle vueltas... Docenas de parejas rompen todos los días...

—Pero tú le querías, Mabel. Y me consta que él también estaba muy

enamorado.

—Yo tampoco sé qué pensar. Es mejor dejarlo todo como está.

—¿Sabes si había alguna otra mujer?

—¡George! ¿Cómo voy a saberlo? En esos casos la interesada es siempre la última en enterarse. Tú podías saberlo mejor que yo.

—El me hizo creer que esperaba a una mujer... Pero no... no sé...

El silencio quedó únicamente roto por el continuo paso de las ambulancias con sus sirenas estridentes, tétricas.

—Bien... No quiero molestaros más... Estaré aquí algún tiempo... Hasta que me quiten la escayola del pie... Si necesitas de mí, Mabel... —se ofreció George.

—Eres muy amable —sonrió ella—. ¡A propósito! No te he preguntado por tu herida.

—¡Oh! Lo de la metralla, bien... Sólo me ha quedado la cicatriz... Ahora lo que me fastidia es el pie...

Mabel hizo intención de acompañar a George hacia la puerta, pero James se le anticipó y ella quedó rezagada, comprendiendo que tal vez los dos hombres querían hablar a solas.

—Tú has estado ausente bastante tiempo... —empezó James en el vestíbulo de la casa.

—Sí, desde luego.

—A mí también me preocupa la conducta de John... No sólo por haber dejado de forma tan extraña a mi sobrina, sino por algo más... Algo que no sabría definir... Es una lástima que entre los dos no hayáis podido hablar más a fondo.

—Sí. Aunque temo que no habría sacado demasiadas cosas en limpio. En fin... Si supiera alguna cosa... Me sabe mal por Mabel... Esa pobre muchacha...

—Sí. Ha sido un golpe para ella. Un golpe moral. Es como una bofetada que se recibe de quien menos se espera. No es el dolor físico lo que más duele... Ven a verla, George. Ella lo necesita.

George asintió con la cabeza.

Luego, George desapareció tras la puerta para bajar los escalones que conducían hacia la acera.

Un camión cargado de cadáveres pasaba en aquellos instantes por delante de la casa.

George no podía saber que entre aquellos cuerpos había uno de un conocido.

El cuerpo de John Kelly, con su uniforme que todavía no había estrenado.

Más allá, en su barrio, su casa decorada al estilo isabelino era ya sólo un montón de ruinas. Entre las piedras, y casi intacto, había quedado el mueble-bar. Las botellas estaban rotas la mayoría. Sólo una quedaba entera. Parecía algo inexplicable.

EN el departamento correspondiente se procedía a la identificación de los cadáveres.

—John Kelly, 28 años —leyó el encargado—. Tiene una orden para incorporarse a filas. Habrá que avisar a su unidad.

Los voluntarios en la ingrata tarea de identificar los cuerpos y recoger los datos personales, estaban guardándolas cosas de John Kelly. Entre ellas figuraba una agenda azul.

—En la casa no había nadie más. Puede que aquí encontremos a alguien de la familia a quien avisar —dijo uno.

—Luego nos ocuparemos de esto —dijo otro.

Alguien hizo advertir un dato trágicamente significativo.

—El bombardeo comenzó a las siete cuarenta y cinco...

—Más o menos —repuso otro.

—La prueba está en los relojes... ¿Os habéis dado cuenta? Todos están detenidos entre las siete cincuenta y las ocho y pico. Se puede conocer el momento exacto en que murieron esos infelices.

—Calla ya... Mañana puede tocarnos a cualquiera de nosotros.

* * *

Aquella noche, George estaba en el improvisado depósito de cadáveres para proceder a la identificación de su amigo.

—No va a ser muy agradable —le indicó el encargado de mostrar a los muertos.

Habían otras personas. Mujeres con aspecto resignado y los ojos humedecidos que lloraban en silencio.

George se acercó a la mesa donde se alineaban los cadáveres cubiertos con lienzos ensangrentados.

Descubrieron uno de los lienzos y lo volvieron a tapar. No era el cadáver que buscaban.

Estaba más allá.

—Este es. Debió caerle el techo encima. Tiene el cráneo aplastado.

Allí había poco que reconocer, excepto el uniforme.

El cuerpo, para cualquier observador, indicaba que se trataba de un hombre joven, vigoroso, en la plenitud de la vida.

—No tenemos mucho tiempo para dejarles en condiciones —murmuró el hombre, tapando de nuevo el cadáver

George carraspeó. En su vida de detective privado había intervenido en la identificación de cadáveres. Posterior mente, en la guerra, estuvo en Dunkerque, donde las arenas se tiñeron de sangre y a cada incursión de la Luftwaffe dejaba sobre las dunas los cuerpos de cientos de soldado; y civiles de los que trataban de salvarse embarcando hacia la costa inglesa.

Sin embargo, la visión de su amigo le había impresionado.

—No tiene familia —murmuró—. Desde hacía varios años vivía solo... Si quiere darme sus cosas.

—Tiene que ir a la oficina y dejar sus señas personales. Es una formalidad.

—Comprendo.

Pasó a la rudimentaria oficina. Aquél era un lugar de llanto, un sitio triste.

Le hicieron firmar unos papeles con la lista de lo que se llevaba, previa presentación de unos documentos.

Luego le fueron entregados los efectos personales.

Un pañuelo limpio, moneda suelta que llevaba en el bolsillo en el momento de encontrar la muerte. Dos entradas de teatro correspondientes a la noche anterior. La cartera con cinco libras en un billete, la agenda, cerillas, un mechero, un paquete de «Players» del que faltaban varios cigarrillos. Unas llaves, el reloj...

—Esto es todo. Aquí tiene la lista —dijo el encargado.

George miró cada uno de aquellos objetos. Algunos le eran familiares, como la cartera.

—¿Sabe...? Se la regalé yo. La compré en España hace años. Es de piel legítima.

La abrió... Allí estaba el carnet del club, otros documentos, fotografías.

Había una foto hecha durante una excursión y se veía a George y a John juntos.

La observó en silencio durante un minuto.

Luego encontró otra en la que aparecía junto a Mabel. La muchacha estaba radiante de hermosura y se adivinaba su felicidad con sólo mirarla.

—Está hecha hace sólo un año —recordó George como buen amigo que era de la víctima.

«Recuerdo de un día inolvidable», decía la foto.

Era la letra de John.

¿Por qué no había devuelto aquella foto?

¿Ni las otras que aparecieron, todas de Mabel?

¿Por qué las conservaba en su cartera si había decidido romper con la muchacha?

Lo metió todo dentro y luego observó atentamente el reloj. Era de oro.

El cristal irrompible estaba intacto. Las manecillas se habían detenido.

El ceño de George se frunció ligeramente.

—El bombardeo empezó más o menos a las ocho menos cuarto... ¿verdad? —murmuró.

—Sí. Más o menos —repuso el otro, distraídamente.

George volvió a mirar las manecillas.

No dijo nada. Lo que pensaba en aquellos momentos lo guardó para sí, pero resultaba extraño... Muy extraño, porque el reloj de su amigo se había detenido a las siete y diez minutos...

Y a las siete y diez minutos faltaba todavía bastante para que se iniciara el bombardeo.

—¿Desea algo más, soldado? —preguntó el hombre que le había atendido.

Con la mirada puesta en aquellas agujas detenidas a las siete y diez, George dejó la oficina.

Llegado a la calle se repetía la misma pregunta:

—¿Por qué, por qué a las siete y diez si ha muerto a consecuencia del bombardeo?

Si aquella hora indicaba el momento de su muerte, no cabía duda de

que John Kelly no había muerto a consecuencia del bombardeo...

Capítulo VI

—SÉ que todo esto es muy desagradable para ti, Mabel. Sobre todo después de tu ruptura con John...

Era la mañana siguiente, y George no había podido resistirse a la idea de consultar con Mabel. Y allí estaba en su casa, dándole cuenta a la muchacha de lo ocurrido y de sus posteriores sospechas.

En toda la noche apenas había pegado un ojo, pero su pensamiento se encontraba ágil, incisivo.

—Aunque no lo creas, lo siento... Siento que haya muerto. Yo... Yo todavía no me había hecho a la idea de que... todo hubiese terminado.

—Tenía que decírtelo... Pero sobre todo mi sospecha... —murmuró George, mirando intensamente a la joven.

Le mostró el reloj.

—Las siete y diez —repitió ella, confirmando lo que decían las manecillas del reloj.

—Sí. Esto es lo chocante. Nadie se había dado cuenta. Es comprensible con el trabajo que tienen. Es un detalle que no parece tener importancia, pero yo diría que la tiene.

—¿Quieres decir que... su muerte no fue debida al bombardeo?

—Él tenía mucho dinero... Tu tío confirmó que había retirado del Banco todos sus fondos... Yo mismo vi un buen fajo de billetes en el mueble-bar... ¡Oh, Mabel, se me ocurre que...!

Se interrumpió poniéndose en pie tan rápidamente como le permitió su pie escayolado.

—No será agradable, pero preferiría que me acompañaras.
Ella comprendió.

—¿A su casa?

George asintió.

—Vamos —musitó ella, decidida.

En breves minutos la muchacha estuvo lista.

Tomaron un taxi.

Tuvieron que cruzar varias calles arrasadas. Por doquiera que pasaban se notaban las profundas huellas de las bombas.

El trayecto, sin embargo, no era largo. A veces fueron interrumpidos en su marcha por los trabajos de desescombro que se estaban practicando.

Algunas casas iban a ser demolidas para evitar que se derrumbaran causando nuevas desgracias.

El taxi, al fin, se detuvo en la zona donde antes se levantaba la residencia de John Kelly.

Había otros edificios destruidos.

En la ancha zona verde, el césped había sido invadido por los escombros, y casi costaba trabajo adivinar el emplazamiento de la antigua mansión.

—Es allí —indicó George.

Unos obreros estaban procediendo a quitar los cascotes.

—¿Han tocado algo de ahí? —inquirió George.

—No. Aquí hay poco que hacer. Todo se ha hundido y no ha quedado nadie dentro —repuso el capataz.

—Bien... Esta casa era de un amigo nuestro que murió. Intentaré encontrar algunas cosas. No me llevaré nada sin consultarlo —dijo George.

El otro se encogió de hombros.

George y Mabel avanzaron por entre los cascotes. El andaba con cierta dificultad a consecuencia del escayolado pie.

Caminaron en silencio.

—Ahí está el mueble-bar —murmuró George.

—¡Dios mío, debió de ser horrible! —exclamó Mabel.

—Sí, desde luego... —George estaba buscando entre las piedras y los pedazos de vidrio rotos.

—El dinero estaba allí... Pero pudo haberlo cogido antes.

—Con la explosión quién sabe dónde puede haber ido a parar —repuso Mabel.

—Sí, cabe la posibilidad de que haya quedado enterrado o haya

volado, pero, no sé...

Sacó algunas piedras mezcladas con los restos de las botellas rotas. Encontró un frasco entero.

—El mismo whisky que me sirvió anoche —dijo George—. No se ha roto. Hay cosas que parecen imposibles.

Siguió buscando. Ella no se sentía con demasiadas fuerzas, pero también quitó alguna que otra piedra.

El dinero no apareció.

—Es inútil. Nunca lo encontraremos, pero esto no probará nada —murmuró la joven.

—Lo de la hora sí prueba, Mabel;

—Su reloj estaba detenido antes del bombardeo. De acuerdo, pero pudo habersele parado.

—No.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque mientras estuve con él no cesó de consultarlo. Parecía nervioso.

—Dijiste que esperaba a una mujer.

—Es lo que él quiso que yo creyera, pero insisto en que estaba demasiado nervioso. Y un hombre, cuando espera a una mujer, no está en su estado... Quiero decir que no daba la sensación de que la visita que esperase fuera una vulgar cita amorosa. No... Era... No sabría cómo explicarlo... Quizá como algo decisivo...

Unos camiones estaban siendo cargados con los cascotes del edificio más cercano.

George pareció tener una súbita idea.

—¿Esa forma rara de comportarse de John...? ¿Fue súbita o acaso en días pasados le había notado algo extraño?

—Pues... ahora que lo dices... Durante las últimas semanas no nos vimos demasiado y... sí, tal vez parecía preocupado. Yo lo atribuía a cansancio. Él decía que la instrucción era muy pesada.

—¿Cuánto tiempo hace de ese llamémosle cambio?

—No sé... tres o cuatro semanas. Tal vez algo menos.

—¿Qué amigos frecuentaba últimamente?

—No lo sé. Nunca hablábamos de ello. En realidad, él no tenía muchos.

—Pero durante el período de instrucción tuvo que hacer nuevas amistades.

—Sí. Es posible... Recuerdo haberle visto una vez con alguien... No me lo presentó, pero no sé cómo supe que se llamaba Jackie.

—Jackie... ¿Qué más?

—No lo sé. Creo que él lo llamó así, pero no dijo el apellido.

—Hummm... Es poco, pero menos es nada.

—¿Qué es lo que crees?

—Mira, Mabel, John, dos días antes de incorporarse a filas, retira todo su dinero del Banco sin dar explicaciones, luego va a tu casa y rompe contigo sin razón aparente. Aparte del cambio que, según tú, parece había experimentado en los últimos días, anoche, personalmente, comprobé su nerviosismo. Por último una bomba destruye su casa y él aparece muerto, pero su reloj indica que esa muerte se produjo antes del bombardeo. Y como colofón no aparece su dinero.

—¿Piensas... avisar a la policía?

—Quizá fuera lo más sensato.

—Pero, ¿quién podría tener interés en... matarle?

—No lo sé, pero... ese dinero... ¿Sabes si alguien le hacía chantaje?

—¿A John? ¿Por qué?

—¡Qué sé yo! Creí que era su mejor amigo y tampoco sé encontrar la respuesta.,

—Es curioso —musitó ella—. A veces creemos conocer bien a las personas y de repente descubrimos que no sabíamos absolutamente nada de ellas.

—Vamos, Mabel. Vamos a la policía.

—Sí, George. Yo también quiero saber la verdad.

Capítulo

VII

DOS días más tarde el superintendente de Scotland Yard, Jeffrey Smith, designaba al inspector Burns para esclarecer el caso.

George y Mabel se encontraban en el despacho del policía cuando éste, después de examinar unos documentos, volvió la mirada hacia ellos. Concretamente hacia George a quien se dirigió.

—Dado el tiempo transcurrido no es fácil establecer el momento exacto en que se produjo la muerte del señor Kelly. El detalle del reloj, sin embargo, y la desaparición del dinero son dos datos a tener en cuenta, incluso ese cambio de carácter al que aludieron ustedes en sus declaraciones. Si bien es verdad que los tres factores podrían ser considerados como puramente casuales... El cambio de carácter, por ejemplo, estaría perfectamente justificado en un hombre que se dispone a entrar en filas. Lo del reloj... ¿Por qué no suponer que se detuvo minutos después de marchar usted de su casa? Y, por fin, tenemos el dinero... No es el primer caso en que desaprensivos de ocasión se aprovechan de las trágicas circunstancias de la guerra para robar a los cadáveres o llevarse lo que encuentran entre los escombros.

—Sí, claro, pero... —insistió George.

El inspector le atajó:

—No he terminado todavía. He dicho simplemente que los tres datos pudieran ser casuales, no que lo fueran.

—Entonces... ¿existe algún indicio para pensar que puede tratarse de un asesinato? —preguntó Mabel.

—Vayamos por partes... Dijo usted que se había marchado de la casa alrededor de las siete. ¿No es así?

George asintió.

—¿Y que en su opinión estaba muy nervioso, porque al parecer estaba citado con alguien que tenía que ir a su casa?

—Sí.

—¿Por casualidad no vio usted a nadie entrar cuando se iba de allí?

—Pues no. Confieso que primero estuve tentado de aguardar en la esquina. Pero desistí de hacerlo. No tenía por qué fiscalizar los actos de mi amigo. Ahora lo siento.

—Bien... Entonces sabemos que usted es la última persona que le vio con vida.

—La última sería la persona que estaba citada con él.

—En el supuesto de que esa persona acudiera,

—No le entiendo. Si existe la posibilidad de asesinato, tuvo que ir alguien.

—¿Y por qué no podemos suponer que usted fue el último?

George sonrió:

—Oiga, inspector. Yo he sido quien ha denunciado el caso. Su forma de hablar me sitúa como sospechoso, y eso es ridículo. Nadie se había dado cuenta de lo del reloj.

—Sí, sí, claro. Ha sido sólo una suposición, porque claro... mientras desconozcamos la identidad de la supuesta visita que esperaba... Ya me dirá a quién más podemos interrogar.

—Busquen a un tal Jackie. Pertenecía a su unidad.

—¿Jackie? Sin más...

—Mabel le reconocerá en cuanto le vea. Retínelos a todos. A ustedes les será más fácil.

—Estamos en tiempos de guerra, amigo mío. No tendremos muchas facilidades.

—Yo les ayudaré en lo que pueda.

—Sí. Sabemos que era usted detective privado... Pero ahora quédese quietecito. Esto es cosa nuestra. Buscaremos a ese Jackie, y si es necesario, molestaremos a la señorita Mabel Carradine para que le identifique, pero esto correrá de nuestra cuenta, sin intromisiones extrañas... ¿De acuerdo?

—Desde luego.

—Bien. No les molesto más. Pueden regresar a sus casas... Por cierto, señor Kane... ¿Cuánto tiempo estará por Londres?

—Tardarán unas tres semanas en sacarme la escayola. Después, cuando tenga el alta...

—Ya, ya —cortó el inspector—. Tres semanas. ¿No pensará usted irse de Londres, verdad? Si lo hace comuníquemelo antes... Nunca se sabe cuándo vamos a necesitar a la gente.

—De acuerdo, inspector... ¡Ah! Todavía no me ha dicho usted cuál ha sido el resultado de la autopsia.

—Pues que John Kelly es probable que hubiese muerto, efectivamente, antes del bombardeo.

—¿Cómo?

—De un balazo. Un proyectil del treinta y ocho le destrozó el corazón.

Mabel y George cambiaron una mirada de estupefacción.

—Tenía el cuerpo destrozado a consecuencia de los golpes recibidos cuando la casa se le vino encima; aparte de esto tenía las naturales heridas. Usted vio el estado en que se encontraba.

George asintió.

—Las heridas podían pasar muy bien por metralla, es lógico que en tales momentos nadie piense en un asesinato... Y a propósito... ¿encontró algún revólver entre los escombros cuando fue a la casa?

George negó con la cabeza.

—Mis hombres tampoco —sonrió el inspector Burns poniendo punto final a la entrevista.

Capítulo VIII

AQUELLA tarde, el inspector Burns hizo personalmente la gestión en la Unidad de John Kelly.

Buscaba a Jackie.

—Tenemos a un par de hombres a los que suelen llamar Jackie —dijo el oficial de guardia—. Pero creo que ya conozco al que busca. Está con permiso.

—Deme su nombre completo.

—Jackie Scott.

Al oficial parecía que había que sacarle las palabras letra a letra. El hecho de que pudieran acusar de algo malo a un hombre de su sección no le agradaba en absoluto.

—Sus señas —pidió impasible y flemático el inspector Burns.

Anotó todos los datos cuidadosamente en su bloc de notas y salió del acuartelamiento.

Posteriormente tomó el coche y se dirigió al domicilio que le había sido facilitado. Observó la casa, y antes de decidirse a entrar llamó por teléfono a su oficina.

—Mirad si tenemos algo anotado de un tal Jackie Scott... Tiene unos veintiocho años, estatura corriente. Tomen nota del último domicilio conocido. Esperaré en el bar. El teléfono es...

Cuando en su oficina colgaron, el inspector se decidió a esperar tras los cristales del bar. Desde donde estaba podía dominar perfectamente el edificio de tres plantas, en una de las cuales vivía Jackie Scott.

Mientras aguardaba vio detenerse un taxi. Le pareció ver en el interior a algunas muchachas.

Una de ellas bajó delante de la casa y saludó a las otras, que continuaron en el coche, que partió rápidamente.

La recién llegada subió los peldaños que daban acceso a la puerta de entrada del edificio. Introdujo una llave en la cerradura, entró y cerró.

Momentos más tarde, una de las ventanas de la tercera planta quedaba iluminada.

Fugazmente, el inspector vio la silueta de la muchacha que acababa de entrar que cerraba las contraventanas. Era condición indispensable en Londres, cerrar bien las ventanas para que la luz no pasara al exterior, a fin de no orientar a los aviones enemigos.

El inspector pensó:

«Está en el piso de Jackie Scott.»

Enseguida un camarero le advirtió que le llamaban por teléfono. Era de su despacho de Scotland Yard. Los muchachos habían trabajado deprisa.

—Tome nota, inspector —le dijeron—. Jackie Scott sufrió dos arrestos y una condena.

—Conque tiene antecedentes, ¿eh?

—Los arrestos fueron por sospecha de haber intervenido en partidas prohibidas en lugares clandestinos.

—Me interesa la condena. ¿Por qué fue?

—Intento de chantaje.

—Eso es muy interesante. Gracias. ¡Ah! ¿Es casado?

—Que se sepa, no.

—¿Cuándo terminó de cumplir la condena?

—Hace dos años. Ahora está totalmente libre.

—Bien. Eso es todo por el momento —y el inspector colgó.

Momentos después, el sabueso entraba en el piso de Jackie Scott.

Le abrió la puerta la muchacha a la que había visto bajar del taxi.

—Inspector Burns, de Scotland Yard —se presentó.

En verdad, la aclaración respecto a su persona era casi obvia, porque a Burns, un auténtico veterano del Yard, le habría resultado bastante difícil ocultar su profesión. En cuanto se le veía se adivinaba que era policía, tal vez porque respondía a esa característica bastante popularizada en las novelas del prototipo del inspector inglés, y aunque ello sea completamente falso, en el caso de Burns, el tópico se convertía en realidad, y si de veras existe un prototipo de inspector de policía británico, ése era Burns.

—¿Qué desea? —preguntó, recelosa, la muchacha.

—Hablar con Jackie Scott.

—No está.

—¿Puedo esperarle?

—No sé cuándo volverá. Yo acabo de llegar del hospital. Soy enfermera. Tengo que descansar porque entro otra vez de servicio esta noche.

—¿Las hacen trabajar mucho?

—Suplo a una compañera.

—¿Es usted la esposa de Jackie?

—No. Soy su hermana. Pero... ¿qué desea usted? ¿Qué quiere de mi hermano?

—Hacerle unas preguntas.

—Bueno, pase... Espero que no se trate de ningún malentendido. Mi hermano no... —Se interrumpió al ver que el inspector guardaba silencio y la miraba con insistencia.

La joven cambió de actitud. Su expresión indicaba que había pasado a la defensiva.

—Mi hermano no se ha vuelto a meter en ningún lío, inspector. Déjenle tranquilo.

—¿De haberse metido él en algún lío, usted lo sabría?

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, desconcertada.

Burns continuó con la misma flema:

—Quiero decir si Jackie se lo cuenta a usted todo. Incluso cuando se mete en algún lío.

—Jackie es un buen soldado. Pregunte en su regimiento. Ha sido mencionado dos veces por sus actos de valor... Dígame de una vez lo que quiere.

—Bien... Si usted está al corriente de sus cosas... contésteme a una pregunta.

Tras una pausa, el inspector soltó:

—¿Sabe usted si últimamente Jackie solía ver con frecuencia a un tal John Kelly?

—Pues... —ella dudó.

—¿Sabe de quién le hablo?

—Sé que eran amigos.

—¿Conocía usted a John Kelly, entonces?

—El me lo presentó una vez en una pequeña fiesta. Recuerdo que

bailamos.

—O sea, que no puede decirme más.

—No... Pero, ¿qué pasa?

—Nada, excepto que ya no podrá usted volver a bailar con John Kelly.

—¿Ha muerto?

—Ha sido asesinado —concluyó el inspector.

* * *

El que Burns aguardara la llegada de Jackie en su casa no sirvió de nada, porque Jackie no apareció.

El soldado al que se buscaba tuvo buen cuidado en llamar a su hermana.

Tuvo la suerte de que un compañero de cuartel le informara de que era buscado por la policía. Así, Jackie pudo llamar a su hermana y enterarse de los motivos por los que el inspector andaba detrás de él.

Aquella noche, como todos los días, la aviación alemana descargó la dosis de bombas que Hitler asignaba a los ingleses.

Luego, en medio del continuo ulular de las sirenas de ambulancias y bomberos, tras las explosiones, una sombra se deslizaba cerca de la pequeña residencia de George, allá en la bahía del Tigre.

Un hombre vestido de militar, cruzó un patio en ruinas para acercarse a la escalera exterior que conducía hasta la puerta de la casa.

Posteriormente un dedo tembloroso se acercaba al timbre. Lo pulsaba.

George acudió a abrir la puerta y se encontró ante el soldado.

—Déjeme pasar, deprisa —apremió el recién llegado.

—¿Quién es usted? —preguntó George.

—Me llamo Jackie Scott. Creo que le conviene escucharme.

—Adelante.

El ex detective le franqueó el paso porque aquella visita era sumamente interesante.

Entretanto, en la calle, un coche negro, pequeño, se había detenido al otro lado de la valla de ladrillos del patio.

Una persona, la única ocupante del vehículo, clavó sus ojos en el patio y la escalera.

Sin duda se trataba de alguien que había seguido a Jackie Scott.

Capítulo IX

—DEBIÓ usted haber acudido a la policía, Jackie —murmuró George Kane, observando a su nervioso visitante, que se hallaba de espaldas a él, mirando por un resquicio abierto de la ventana.

—Puede que me hayan seguido. No estoy muy seguro —repuso Jackie.

—¿Qué prefiere, cerrar la ventana o que apaguemos la luz? Estamos en guerra.

—Apague la luz. Quiero estar seguro.

Aquel pequeño apartamento que servía de residencia a George era mucho mejor visto desde dentro que desde fuera.

Había sido decorado con gusto y bien amueblado. Era pequeño, pero acogedor. Constaba de una pieza única que servía de sala, dormitorio y estudio.

Había una pequeña cocina y un baño completo. Un sitio ideal para un soltero, aunque las vistas exteriores desentonaran con el confort interior.

George apagó la luz, y siempre ayudándose con el bastón se aproximó a Jackie, que había abierto totalmente uno de los pórticos.

Desde el piso se dominaba en parte el otro lado del muro de ladrillo. El coche estaba allí.

—¿Es aquél? —inquirió George.

—No lo sé...

—Bueno, no se preocupe. Si es la policía, en cuanto salga no haga nada por eludirla y cuénteles a ellos todo lo que sepa.

—No quiero líos con la policía. Y usted puede ayudarme... —repuso

Jackie, sin dejar de mirar.

George cerró por completo y encendió un fósforo hasta llegar al conmutador de la luz.

Cuando la estancia quedó de nuevo iluminada, George tomó asiento y murmuró:

—Dígame dos cosas, Jackie. Primero qué es lo que usted sabe, y segundo en qué puedo ayudarle.

Tras una pausa y sin tomar asiento, Jackie espetó:

—La otra noche yo le vi entrar en casa de John Kelly.

—¿Estaba usted merodeando por allí, Jackie? —indagó George sin inmutarse.

—Estaba por allí, simplemente —atajó el otro.

—¿Y a qué hora se marchó?

—Poco después de que saliera usted, Kane —repuso Jackie con una ligera sonrisa.

—Entonces pudo ver entrar a la persona que John Kelly aguardaba... a menos que fuese usted...

—No, Kane... Puedo asegurarle que John Kelly no me esperaba a mí precisamente.

—Entonces, ¿a quién?

—Cálmese, Kane —sonrió el otro, más afianzado.

—No me gustan los acertijos. Si no habla claramente llamaré a la policía. No sé lo que está usted intentando exactamente, pero no me gusta. No me gusta en absoluto.

—Kane —repuso Jackie calmadamente—. Le he dicho que estuve cerca de la casa hasta que usted se marchó... por segunda vez.

—¿Qué...?

—Conmigo no es necesario que finja... Usted salió de la casa, más o menos a las siete menos diez... pero volvió.

—Siga.

—Regresó a las siete en punto. Yo le vi... Y eso mismo estoy dispuesto a declarar a la policía.

—Continúe.

—Ya está, Kane... Yo sé que usted estuvo allí dos veces, y que a partir de ese momento, John Kelly ya no volvió a aparecer. Y no quiero que la policía me complique a mí en esto.

—Si sabe que entré dos veces en la casa... ¿Por qué no fue a contarlo?

—Yo ignoraba lo que le había ocurrido a John Kelly. Creí que había muerto en el bombardeo.

—Pero usted no estaba allí.

El otro sonrió.

—Acaba de decirme que se marchó después que yo...

—Sí. Después de usted. Pero no he dicho cuándo exactamente.

—Entonces cuando bombardearon.

—Hay un refugio a unos cien metros. Me metí allí al sentir la alarma, y luego volví a salir... Creo que fui de los primeros en regresar a la casa de nuestro amigo.

—¿Y qué?

—John Kelly estaba muerto. Claro que entonces yo no podía sospechar que le hubiesen asesinado.

—Continúe, porque hasta ahora no veo la razón de su visita y de su petición de ayuda.

—John tenía dinero en el Banco, más de cinco mil libras, que pensaba invertir. Dijo que las sacaría... Kelly era de esos tipos con ideas fijas. Si dijo que las sacaría es porque pensaba hacerlo... ¿Dónde estaba ese dinero? Después del bombardeo, él no lo tenía.

Tras una pausa, George murmuró:

—¿De modo que usted volvió a la casa con el exclusivo propósito de robar ese dinero?

—Bueno, yo... En realidad, cuando comprobé que había muerto, pensé que ya no le iba a hacer falta...

—Es usted peor de lo que pensaba, Jackie. Mucho peor...

—Cuidado, amigo... Alguien se me anticipó, porque yo sabía que John había retirado el dinero... Le estuve vigilando últimamente.

—Tiene mentalidad de ratero vulgar, Jackie.

—Puede... Pero el dinero no me lo llevé yo. Tuvo que ser alguien que se lo robara... antes del bombardeo.

Miró significativamente a George.

Este se levantó y fue hacia la mesita donde descansaba el aparato telefónico.

—Voy a llamar a la policía.

—¿Les dirá que volvió a la casa?

—Les diré que vengan a detenerle a usted.

—¿Con qué motivo?

—Por chantaje. Está intentando hacerme un chantaje.

—Déjese de cuentos, Kane. La policía me busca a mí porque me cree complicado en el crimen. Yo ni siquiera sabía lo del asesinato.

—¿Cómo lo supo?

—Me advirtieron de que un inspector me buscaba. Telefoneé a casa y mi hermana me lo dijo. ¿Satisfecho?

—¿Qué busca usted, en realidad?

—La mitad de ese dinero. Ya ve que soy razonable. Pero si usted llama a la policía lo negaré todo y diré que ha sido usted quien me ha citado.

—Es usted un imbécil, Jackie —repuso George, agresivamente.

—¡Cuidado! —el otro se levantó para ponerse en guardia, pero el bastón de George, esgrimido con decisión, le mantuvo quieto.

A modo de espada lo utilizó para obligar a Jackie a retroceder.

Jackie hizo un quiebro, pero unos pases concretos y precisos le inmovilizaron.

No cabía duda de que George era un buen espadachín o, por lo menos, había tomado buenas lecciones de esgrima.

Le obligó a volver al sillón donde momentos antes se hallaba sentado y le empujó para que se sentara otra vez.

—Sí... No es más que un pobre diablo... Habla a medias para sacar verdades enteras... Ha venido para hacerme chantaje. ¡A mí!

Jackie jadeaba. En aquellos instantes parecía asustado.

—Yo puedo ser un granuja, pero usted es peor, George Kane... Mucho peor... Yo creí que había entrado para robarle el dinero... Pero, además, le mató. Mató usted a John... ¡Le asesinó! ¡Le asesinó!

Jackie había perdido los estribos.

—¡Cállese! —gritó George, aproximándose.

—¡No! Es usted un asesino. Es usted un...

George estaba delante de él. Jackie había vuelto a levantarse, pero el dueño de la casa le golpeó dos veces en el rostro. Dos sonoras bofetadas que le obligaron a sentarse una vez más.

Casi lloriqueando, Jackie murmuró una vez más:

—Asesino... Asesino...

Capítulo

X

Y entretanto...

Del auto negro aparcado cerca de la entrada del patio se deslizó una sombra.

Quienquiera que fuera vestía de negro y se movía con extremada agilidad.

La sombra avanzó por entre los montones de tierra del patio en dirección a la casa de George Kane.

En el interior, la situación seguía siendo la misma.

George había ofrecido una copa a su visitante diciéndole:

—Procure serenarse. Usted y yo tenemos todavía mucho de qué hablar. Luego decidiré lo que hago.

—No le conviene llamar a la policía —repuso quedamente Jackie—. Porque yo también hablaré.

En el patio, la sombra había alcanzado la escalera de la casa.

En derredor todo estaba completamente a oscuras. Ni siquiera la luna ayudaba con su luz opaca.

La sombra subió la escalera sigilosamente.

—Yo no maté a John Kelly, Jackie —espetó de pronto George dentro de la casa.

—Pero fue allí otra vez...

—Escuche, Jackie. Si hubiese querido matarle hubiera podido hacerlo la primera vez. Yo también vi el dinero... Pero hay cosas que usted no puede comprender, como, por ejemplo, que John Kelly fuera mi mejor amigo.

Se hizo un silencio.

La sombra estaba ya junto a la puerta con el oído pegado a la madera, tratando de escuchar.

A lo lejos ululaba todavía una sirena de la policía, o tal vez una ambulancia, en su infatigable tarea de recoger heridos del último bombardeo aéreo.

—Jackie. Ya es hora de que me diga todo lo que sabe —dijo George con voz autoritaria.

El otro guardó silencio.

La sombra que estaba al otro lado esgrimió un revólver.

—Quiero saber quién mató a mi amigo, Jackie —insistió George Kane—. Yo no fui, pero usted tal vez conocía a la persona a la cual él esperaba aquella noche.

La sombra intentó forzar la puerta, procurando hacer el menor ruido posible.

—Tal vez era a usted a quien esperaba —dijo Jackie.

—No. A mí no. Esto también puedo asegurárselo —atajó rápidamente George.

En el exterior, la silueta que se movía siniestramente dejó en paz la puerta y buscó un sitio por donde introducirse en la casa, o tal vez desde donde poder oír o ver...

En lo alto de la escalera y junto a la puerta de entrada había una especie de balcón terraza, cerrado por una valla de hierro a la altura de la barandilla. No era difícil pasar las piernas de un lado a otro.

La sombra lo hizo, y quedó perfectamente en la parte lateral de la edificación.

La terraza que circundaba aquella parte de la casa, tenía unos cinco metros de largo, y a ella comunicaban las dos únicas ventanas de aquel lado.

La sombra, sin soltar el revólver, y pegada siempre a la pared, avanzó con la misma cautela de siempre.

—¡Vamos, Jackie! —insistía George—. Dígame a quién cree que esperaba. ¿Era una mujer?

Jackie continuó callado.

—¡Me está cansando, Jackie! —gritó George, esgrimiendo el bastón.

—¡No! ¡Espere!

Jackie se cubrió la cabeza para parar el golpe. Sin embargo, George no continuó su acción.

—Hable y no le ocurrirá nada.

Jackie volvió a jadear. El alcohol que George le había servido primero había agotado su efecto regulador.

—Moore —soltó por fin.

—¿Qué?

—Últimamente tenía amistad con un extranjero llamado Moore... Creo que era americano.

—¿Moore, eh?

—Aldo Moore... Se hospeda en el Marble Hotel. Sé que llevaba algo entre manos...

La sombra estaba junto a una de las ventanas que, como todas, permanecía cerrada.

Una reja protegía el cristal.

La sombra, siempre con movimientos ágiles, sacó algo del bolsillo. Era un esparadrapo bastante ancho. Lo rasgó rápidamente y en pocos segundos lo aplicó al cristal, adhiriéndolo a él de arriba abajo, y luego a derecha e izquierda. Formó una especie de enrejado para que el vidrio quedara bien sujeto.

—¿A qué se dedicaba ese Moore? —preguntaba George en aquellos instantes.

—No lo sé. Era un tipo un tanto extraño... Cojeaba ligeramente. Andaba apoyándose en un bastón... Pero él no estuvo en la casa... Le hubiese visto entrar. Estoy seguro.

—Dice que ese Moore... no apareció.

—No.

—Había una puerta trasera. Comunicaba con el jardín.

—Bueno... —repuso Jackie pensativamente—. Pero, ¿para qué tenía que utilizarla?

—Ese Moore puede ser la persona clave, Jackie... ¿No se da cuenta?

—No... Usted estuvo antes y a usted sí que le vi...

—¡Cállese ya con esa historia! Puedo explicar perfectamente por qué volvía...

Se interrumpió.

En aquel instante sonó un golpe apagado en la ventana.

La sombra, con el cañón del revólver, acababa de golpear el cristal.

El esparadrapo adherido evitó que el vidrio se hiciera añicos, pero el fino oído de George había creído percibir algo...

—Cuidado —dijo.

La sombra estaba empujando ya los postigos de la ventana. No

estaban asegurados. Impedían el paso de la luz, pero sin tener el aldabón correspondiente puesto.

La sombra empujó con fuerza.

Una ráfaga de aire penetró en la casa.

La silueta quedó apenas visible al otro lado de la reja.

George pareció intuir el peligro.

—¡Cuidado! —gritó.

Desde el exterior, gracias a la luz de la casa, los dos hombres eran perfectamente visibles.

George era el que estaba más cerca de la ventana.

Jackie Scott se encontraba oblicuamente a ella. Se levantó de pronto.

La sombra apuntó con el revólver.

Todo sucedía en segundos.

—¡Al suelo! —gritó George.

Se echó hacia adelante en el momento que del revólver de la misteriosa silueta sonaba un disparo amortiguada por un silenciador.

Brotó el fogonazo de la boca del cañón del arma.

Quienquiera que acababa de disparar lo hacía contra los dos indistintamente.

La primera bala hubiese alcanzado a George de no haberse tirado éste al suelo.

Al disparar nuevamente, Jackie había iniciado el movimiento de cubrirse, pero la bala le inmovilizó.

Lanzó un grito, de sorpresa, de dolor tal vez.

Y surgió un tercer disparo que le alcanzó igualmente. Jackie cayó fulminado.

George comprendió que la siguiente bala podía llevar escrito su nombre.

Alcanzó un libro de un estante bajo de la librería. Dio una vuelta sobre sí mismo para evitar que el cuarto balazo del asesino pudiera alcanzarle.

Inmediatamente arrojó el libro con fuerza contra la lámpara de pie, que era la única que permanecía encendida en la estancia.

El asesino disparó otra vez, pero George, a pesar de tener roto el pie, saltó una vez más, esquivando.

El libro chocó contra la pantalla de la lámpara y ésta cayó al suelo. La bombilla estalló y la habitación quedó a oscuras.

Desde la ventana, el agresor efectuó otros tres disparos, ahogados por el silenciador.

Luego, durante dos segundos, se hizo el más absoluto silencio. Un silencio apenas alterado por la rotura de la bombilla y el chasquido sordo de las ocho balas disparadas por el arma automática del asesino.

George, tanteando en la oscuridad, alcanzó un mueble. Abrió un cajón y extrajo un revólver del calibre treinta y ocho. Se revolvió contra la ventana y disparó.

La sombra, pegada a la pared, estaba intentando recargar el arma.

George, cojeando, avanzó hacia la ventana.

La sombra debió comprender que luchaba con desventaja y optó por correr hacia el lado de la fachada principal. Cruzó rápidamente la corta barandilla y se precipitó escaleras abajo.

George no podía utilizar la ventana a causa de las rejas y corrió hacia la puerta de la casa.

Cuando abrió, la sombra, protegida por la oscuridad, estaba ya en la puerta del patio.

La rotura del pie impidió a George la agilidad necesaria para correr tras el asesino.

En aquellos momentos, la sombra se metía ya dentro del coche.

En su precipitada huida había tenido tiempo de cambiar el cargador de su automática, y en el momento de dar el contacto al automóvil se volvió, y a través de la ventanilla, disparó.

George, con el bastón en una mano y el revólver en la otra, se lanzó al suelo. La bala pasó muy cerca de su cuerpo.

Seguidamente, el automóvil se puso en marcha.

Con un tremendo esfuerzo, George consiguió llegar hasta la puerta del patio.

Sólo llegó a tiempo de ver el auto, con las luces apagadas, perderse en la oscuridad de una calleja, luego doblar la esquina.

No había podido tomar el número de la matrícula, ni ver a su agresor.

Pensó que ahora tenía en su casa el cadáver de Jackie Scott.

Capítulo XI

LA ambulancia, el forense y los peritos de Scotland Yard ya se habían ido.

En el patio quedaban dos agentes uniformados, y en la puerta otro.

Dentro de la casa estaba el inspector Burns con su ayudante Watews, otro veterano del Yard.

Con ellos, sentado en una de las butacas, se encontraba su dueño: George Kane.

Sobre la alfombra, y justo en el lugar donde había caído baleado el cuerpo de Jackie, estaban las manchas de sangre.

—Esto no me gusta, señor Kane. No me gusta nada. Dónde anda usted, parece estar rondando la muerte, y pienso que la aviación enemiga ya está causando demasiadas bajas.

—Pensaba llamarle de todos modos, inspector —repuso George, malhumorado.

—¿Por qué no lo hizo?

—Jackie me estaba resultando un tino muy duro de pelar...

—Nosotros sabemos cómo ablandarles. No lo olvide. Usted no es más que un aficionado y no con mucho éxito, por lo que parece.

—Yo no podía prever que alguien estaba oculto, inspector... Y es a ese alguien al que debemos buscar. Quería matarnos a los dos... Y posiblemente se trata de la misma persona que asesinó a mi amigo John Kelly.

—Sí. Pero ahora continuamos igual que antes... Un tipo que rompe un cristal y dispara a través de la ventana, un coche que huye...

—¿Qué quiere que haga?

—Que la próxima vez, se olvide de su antigua profesión... en la que, según mis informes, tampoco tuvo una gran fortuna.

—Bueno. La guerra no me dio tiempo a llegar a ser un Sherlock Holmes —repuso George con agria agudeza.

—Se precipitó al interrogar a Jackie. Había tiempo. Tenía que incorporarse a su unidad. Le habríamos cogido.

—Si se encuentran con un oficial un poco duro, le habría costado trabajo, inspector. Jackie se habría marchado y usted hubiera necesitado un montón de papeles para conseguir que lo devolvieran... Y no sé por qué tengo la impresión de que esto es cuestión de tiempo...

—¿De tiempo?

—Sí. El asesino lo ha demostrado... Seguramente no advirtió que alguien le vigilaba y ahora trata de eliminar a todo aquel que pueda aportar alguna pista sobre el crimen...

George había contado previamente al inspector todo lo que a su vez le explicó a él, momentos antes, Jackie Scott.

Burns inquirió:

—Según me ha dicho, Jackie, por motivos más o menos interesados, seguía a John Kelly, y de acuerdo con ello le vio en varias ocasiones con un individuo llamado Moore. Aldo Moore.

—Es necesario encontrar a ese hombre.

—Ya he pedido a dos agentes que se desplacen al Marble Hotel. Es ése el nombre que usted mencionó, ¿verdad?

—Es lo que me dijo Jackie...

—Ya, ya... —rumió el inspector.

Dio un corto paseo por la estancia y volviéndose murmuró de pronto:

—Lo que no acierto a comprender es por qué Jackie vino a verle a usted... Si tenía algo que decir podía haber acudido a nosotros.

—Me parece que no simpatizaba mucho con ustedes.

—Tenía sus razones. Le habíamos detenido en otras ocasiones... Claro que él se lo buscó, pero... ¿por qué vino concretamente, señor Kane? Dígame la verdad.

—No tengo nada más que decir, inspector —repuso George.

Burns no parecía estar muy de acuerdo. Sonrió casi con la benevolencia del veterano y preguntó:

—De veras... ¿De veras no me oculta usted nada, señor Kane?

George guardó silencio.

Hubiera podido explicar su vuelta a la casa de John Kelly la noche del crimen, pero prefirió guardar silencio.

Burns se encogió de hombros.

—Bien, señor Kane. Le repito la conveniencia de no abandonar la ciudad sin consultarme. ¡Ah! Le aconsejo que vaya a dormir a un hotel... Voy a dejar a algunos agentes de guardia. Puede que necesitemos hacer una nueva inspección en la casa. No se preocupe, usted podrá estar presente y siempre actuaremos con el correspondiente mandato judicial.

—Sí. Me iré —repuso George pensativamente.

En aquel momento llamaron por teléfono. Era para el inspector Burns que tomó el recado contestando con monosílabos:

—¿Sí?

—...

—Bien...

—...

—De acuerdo...

—...

—Sí, sí, sí. Comprendido.

—...

—Es lo que yo suponía.

—...

—De acuerdo. Voy para allá.

Se volvió hacia George y murmuró:

—Ya han identificado las balas que mataron a Jackie Scott. No son las mismas que acabaron con John Kelly. —Y tras una pausa añadió—: Si el asesino es el mismo... puede que tenga dos armas... o más. ¿Quién sabe?

George no contestó. Fue el inspector quien añadió:

—A propósito. Deme su revólver, señor Kane.

—¿Eh?

—Sí. El que utilizó para defenderse del asesino —y Burns tendió la mano significativamente.

George extrajo el arma del bolsillo y la entregó al policía, pero éste, antes de cogerla, sacó el pañuelo que llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta y lo colocó sobre la mano.

—Déjelo ahí —dijo.

George obedeció.

Burns envolvió el arma con el pañuelo sin tocarla con sus manos.
—Es una simple rutina —comentó.

Capítulo XII

—No quería que te enteraras por los periódicos —murmuró George—. Por eso he venido a contártelo personalmente.

La interlocutora del soldado era Mabel. George había acudido a visitarla a la mañana siguiente.

—Este asunto se complica cada vez más... —comentó ella—. ¿Qué crees que puede existir detrás de todo esto?

—No lo sé, pero me propongo averiguarlo.

—¿Por qué no dejas que lo haga la policía?

—No podría permanecer inactivo, Mabel... Si el hecho de que John fuera mi mejor amigo no bastara, ahora existe una nueva razón para mí.

—¿Cuál?

—La policía sospecha de mí.

—Esto es absurdo, George. Tú les descubriste la verdad que posiblemente hubiese quedado inédita.

—La obligación de la policía, en estos casos, es sospechar de todo el mundo, incluso de quien parece más inocente.

—¿Pero qué puedes hacer tú? Dices que anoche intentaron matarte.

—Es cierto.

—Lo intentarán de nuevo.

—No seré yo quien se esconda. Al contrario. Si es preciso serviré de cebo, pero primero tengo que hacer unas cuantas cosas.

—¿Puedo... acompañarte? —inquirió ella.

—¿Tu?

—Aunque no lo creas, yo también siento un profundo interés en descubrir la verdad. Quiero saber qué es lo que había motivado el

cambio de John —añadió Mabel tras un silencio.

—Lo comprendo —asintió George.

Salieron de la casa y tomaron un taxi. La dirección que George dio al chófer fue la del hotel Marble.

Por el camino, el joven explicó:

—En ese hotel se hospedaba el hombre con el que fue visto John últimamente.

El coche paró delante del hotel. George pagó la carrera, y en compañía de la muchacha pasaron al vestíbulo.

El hotel Marble era un establecimiento más bien pequeño, de tipo familiar, residencial.

El encargado de la recepción atendió a George.

—Ya estuvo un inspector de Scotland Yard haciendo preguntas, señor, y otros policías... ¿Usted no es policía, verdad?

—No. Desde luego, pero me gustaría hablar con el señor Aldo Moore.

—No está aquí. Dejó el hotel el pasado martes por la tarde.

—¡El martes! —exclamó George y cambió una mirada con su acompañante.

Ella susurró:

—El mismo día que ocurrió...

—Exacto —atajó George.

La noche del martes fue cuando murió John Kelly misteriosamente asesinado y la marcha de aquel tal Moore se había producido el mismo día.

—¿A qué hora se marchó? —inquirió George.

—Ya he hablado de esto... En fin. Se lo repetiré... El señor Moore tenía que embarcar para España esa noche.

—¿Para España?

—Eso fue lo que dijo.

—¿Se fue entonces?

—Desde luego. A las cinco de la tarde hizo trasladar su equipaje a las oficinas de la compañía de navegación.

—¿Qué compañía?

—Creo que embarcó en un carguero mixto que tocaba en un puerto del norte de España. Santander, si no recuerdo mal. El señor Moore habló de ello algunas veces.

—¿Mencionó la compañía consignataria del barco?

—No recuerdo... Eso también lo dije a la policía.

—Así que... a las cinco salió del hotel.

—No, señor. Salió su equipaje. Él se quedó y tomó la cena,

—¿A qué hora?

—Hace usted las mismas preguntas que la policía... ¿Qué es lo que ocurre? ¿Es que ha hecho algo malo el señor Moore?

—¿No se lo dijo el inspector?

—No.

—Bueno... Pues todo hace suponer que el tal señor Moore no era ciertamente un sujeto demasiado recomendable.

—Durante el tiempo que estuvo aquí se comportó con toda normalidad. Pagaba puntualmente y daba buenas propinas.

—Le pregunté —cortó George— a qué hora estuvo cenando.

—A las seis y media, más o menos.

—¿Y salió?

—Poco después de... ¡Espere! No eran las siete todavía. En eso siempre me confundo.

—¿Por qué?

—Porque el señor Moore tuvo una llamada a las siete y cinco minutos y alguien se puso al teléfono. Al principio creí que era él, pero se trataba de otro caballero que según dijo confundió la llamada.

—No le entiendo...

—Un cliente del restaurante. Por lo visto se llamaba Moore y al anunciar que llamaban al señor Moore fue a ponerse al aparato, pero en realidad el señor Aldo Moore ya había salido.

—Pongamos que cenó deprisa y salió a las siete menos cinco.

—Más o menos, no controlé la hora. Había pagado ya la cuenta incluida la cena.

—Incluso daría una buena propina —recalcó George con una sonrisa llena de sarcasmo.

—Por supuesto...

—¿Sabe a lo que se dedicaba el señor Moore?

—No lo sé exactamente. Creo que tenía negocios.

—¿Qué edad le calcularía usted?

—Los treinta muy justos. Era americano pero... parecía todo un caballero.

—Que utilizaba un bastón debido a que cojeaba levemente... ¿No es así?

—Exacto, señor.

—Muchas gracias...

Claro está que el encargado del Marble Hotel no hubiera sido tan explícito de no haberse encontrado con un billete de diez libras que George depositó sobre la mesa apenas empezado el interrogatorio.

Cuando salió a la calle, siempre acompañado de Mabel, ella preguntó:

—¿Qué has sacado en limpio?

—Que bien pudiera ser el asesino que buscamos... Podía tenerlo todo perfectamente planeado... El martes tenía que partir en un carguero rumbo a la costa española... Es posible que hubiera embaucado a John hablándole de algún negocio y pidiéndole que tuviera el dinero a punto... Luego, él sólo tenía que ir a su casa, matarle y correr hacia el muelle para embarcar. Su crimen, ayudado además por el bombardeo, habría estado a punto de ser perfecto. ¡Vamos!

—¿Dónde?

—A averiguar dónde embarcó y en qué barco lo hizo.

Estaban en la calle y se disponían a cruzarla.

George buscaba un taxi con la mirada.

Cogía el brazo a Mabel en el momento de bajar de la acera y levantó el bastón para detener el vehículo que acababa de aparecer en la esquina.

No advirtió el coche que en aquellos instantes arrancaba a unos veinte metros de distancia.

El automóvil aceleró la marcha. El pie del conductor pisó a fondo el gas.

¡Iba directamente a arrollar a la pareja!

—¡Cuidado! —gritó alguien.

Ella se soltó de George.

—¡El coche! —gritó.

George vio el auto cuando casi lo tenía prácticamente encima.

Saltó hacia atrás de forma inverosímil. De haberlo calculado, el salto no hubiera sido más oportuno.

El automóvil pasó a la máxima velocidad, casi rozándole para perderse en la siguiente esquina y desaparecer por la calle transversal inmediata.

Los testigos más próximos habían acudido a preguntar a George si había recibido algún daño, cuando Mabel le estaba ayudando a

levantarse.

—Estoy bien, estoy bien —murmuró George.

—Conducir así es una temeridad.

—Era un coche matrícula de Londres. Pero no me ha dado tiempo de tomarla —comentó otro de los que habían presenciado lo que pudo haber sido un accidente de fatales consecuencias.

George, ya en pie y después de sacudirse el uniforme, volvió a tomar del brazo a Mabel.

—Creo que será mejor que te acompañe a tu casa, Mabel —murmuró mirándola significativamente.

Ambos sabían que aquello no había sido simple casualidad.

Aquello no fue otra cosa que un intento de asesinato con apariencias de accidente fortuito.

Capítulo XIII

A GEORGE le costó bastante, pero al fin dio con la compañía del carguero mixto que la noche del crimen partió con destino a Lisboa, pero tocando en un par de puertos de la costa norte de España. Entre ellos el de Santander.

En el registro de la compañía, según pudo comprobar George, se hallaba inscrito un pasajero con el nombre de Aldo Moore, de nacionalidad norteamericana, pasaporte en regla, y con destino a Santander.

—¿Embarcó esa noche? —preguntó al hombre que le había informado.

—Pues sí señor. En la lista no figura ninguna rectificación.

—Supongamos que a última hora perdiera el barco.

—Bueno... En tal caso figuraría anotado en la lista. Llevamos un buen control.

—Gracias... ¡Ah! Supongo que la policía habrá estado aquí... preguntando más o menos lo mismo.

—Sí, señor... Por cierto, el inspector que estuvo aquí ya dijo que vendría otra persona preguntando lo mismo.

—Burns es muy listo... —sonrió George.

—Ese inspector me pareció una persona muy tolerante... Me dijo que podría facilitarle a la persona que viniera todos los datos que me preguntase... por eso se lo he dicho, señor.

—Muy amable —respondió George, a quien la información había costado otras diez libras.

El hombre guardó el dinero en el bolsillo con una sonrisa, mientras el militar salía de la oficina.

Miró hacia el cielo. Todo aparecía gris y desapacible como casi todas las tardes londinenses.

Una ligera bruma envolvía el muelle.

El crepúsculo no tardaría en invadir todo aquello y la oscuridad sería total.

Volvió la mirada hacia atrás y vio que la oficina cerraba sus puertas.

Otros edificios contiguos permanecían cerrados ya, igual que los almacenes portuarios.

La niebla parecía tener trazas de tomar incremento, de envolverlo todo más densamente todavía.

Avanzó por los andenes de madera en dirección al vecino puente del canal.

La parte principal del río quedaba a un par de cientos de metros más adelante.

De repente tuvo la sensación de estar completamente solo, como si toda la gente hubiese desaparecido para volver a sus casas o a los refugios que para muchos se habían convertido ya en hogares desde que los aviones enemigos habían tomado Inglaterra como blanco de sus bombas.

Unos pasos resonaron sobre la madera.

George se detuvo para escuchar y volverse lentamente.

La niebla le impedía ver a la persona que parecía seguir su misma dirección.

Escuchó durante cinco segundos más y notó que los pasos habían dejado de oírse.

Caminó de nuevo.

Primero pudo escuchar el ruido de sus propios tacones sobre el maderamen.

Luego, como un eco, volvió a oír aquellas otras pisadas algo más rezagadas.

Aceleró la marcha.

Ahora el golpeteo de sus pies se hizo más desigual. El tacón de su zapato derecho marcaba el ruido característico de la suela, diferente del que producía el tacón metálico del pie enyesado. Luego surgía el tercer golpe algo más amortiguado, el del bastón con puntera de goma.

Pero entremezclados sonaban los golpes del taconeo de la persona que venía detrás acelerando la marcha al mismo compás de George.

La caminata se convirtió en media carrera.

La niebla, ahora ya completamente impenetrable, actuaba de barrera entre George y la persona que parecía andar siguiéndole.

El piso de madera dio paso a un breve adoquinado y seguidamente aparecieron las escaleras del puente.

George comenzó a ascender los breves peldaños.

El que venía detrás continuaba pisando el suelo de madera.

George cruzó rápidamente deteniéndose más o menos a la mitad del puente, cuando los pasos de su seguidor pisaban ya los adoquines para llegar rápidamente a la escalera.

George continuó la marcha procurando disimular sus pisadas.

El que venía detrás se detuvo unos instantes, como si escuchara.

George continuó con el mismo sistema pero antes de llegar al final, el otro había empezado a andar de nuevo, con pasos más cortos, menos rápidos.

El ex detective privado alcanzó la parte más baja de la escalera del otro lado del puente.

Tenía una calleja por delante que conducía a la orilla del río y a la salida del laberíntico emplazamiento de aquella zona de muelles. Tenía también otra escalera que descendía hasta más abajo del puente y que terminaba en un embarcadero del canal.

Optó por este último lugar.

No tenía salida, puesto que el embarcadero estaba cerrado, pero aquello le permitía estar más cerca de su perseguidor y poder invertir los términos en el momento oportuno. Es decir, ser él quien le siguiera.

El taconeo estaba cada vez más próximo.

George permaneció apoyado en uno de los soportes del puente, cerca de la escalera y protegido a la vez por ésta.

Los pasos se detuvieron de nuevo cerca de la escalera descendente.

Comenzaron a bajar.

Tap-tap-tap...

Ahora eran más lentos, casi monótonos.

Tap-tap.

Habían llegado a la parte de la escalera y puede que el seguidor dudara sobre el camino a seguir.

George esgrimió el bastón como arma ofensiva, calculando bien el golpe que debía dar en caso necesario.

De nuevo las pisadas parecieron orientarse no hacia la calle sino, ¡hacia donde estaba él!

Y la niebla continuaba actuando como barrera infranqueable para la vista.

Más lentamente las pisadas sonaban sobre los escalones. Ahora parecían más cautas.

George contuvo la respiración.

Tampoco el «otro» respiraba, cuando se detuvo intentando escuchar, captar el menor sonido.

George trató de buscar un lugar mejor para protegerse, para atacar si era preciso...

La situación era tensa.

Tensa para los dos.

De pronto todo cambió.

Las sirenas, advirtiendo la alarma aérea, atronaron por todo Londres.

Aquel ulular fatídico invadió toda la ciudad advirtiendo el peligro inmediato.

En el espacio roncaban los motores de los bombarderos.

Las pisadas que antes se habían mostrado cautas ascendieron escalera arriba precipitadamente.

Quienquiera que fuese que hubiese seguido a George ahora huía de un peligro común a todos los habitantes de la capital inglesa.

Y las bombas comenzaron a caer.

Sonaron las primeras explosiones.

A lo lejos podían verse grandes llamaradas.

George salió corriendo tras aquellos pasos, perdidos por la niebla.

Capítulo XIV

GEORGE había perdido la pista, pero encontró algo... Algo con lo que su bastón tropezó casualmente.

Lo recogió del suelo y lo examinó un momento para guardarlo en el bolsillo de su pantalón.

Luego escuchó unos momentos.

Las pisadas resonaban a lo lejos pero eran desiguales.

George sonrió ligeramente.

Las bombas seguían cayendo como una lluvia maldita, una lluvia del infierno.

Buscó un refugio y aguardó a que cesara el bombardeo.

A la escasa luz del subterráneo examinó otra vez su hallazgo.

Era el tacón de un zapato.

Un zapato de mujer.

* * *

Aquel fue un largo bombardeo.

Cuando ya estaba a punto de tocar a su fin sonó un disparo en la oscuridad.

Un disparo en el interior de la casa de Mabel. Un disparo que faltó poco para que se confundiera con el atronar de las bombas.

Era en casa de la familia Carradine.

James Carradine salió del despacho gritando:

—¡Mabel, Mabel!

—¡Dios mío, tío James...! —gritó ella.

Salía del baño.

—No te muevas... Hay alguien en la casa —murmuró James Carradine.

En aquel momento las sirenas marcaron el final del peligro aéreo, pero para los Carradine se cernía tal vez otro más directo.

La luz volvió a los hogares.

El salón de los Carradine se iluminó y Mabel corrió a abrazarse a su tío, como buscando protección.

—Ven conmigo... Tengo un revólver en el cajón de mi escritorio... Mientras tú llamas a la policía yo echaré un vistazo.

—¡Allí! —gritó ella de pronto.

La puerta de la terracita se había movido. Daba a la parte trasera de la casa.

James Carradine se precipitó hacia aquel lugar. Las sirenas de las patrullas de salvamento sonaban hacia aquel lado.

James comprobó que la puerta de la terraza estaba abierta, pero no vio a nadie escapar. Tal vez había llegado demasiado tarde.

Mabel, por su parte, acababa de hacer un descubrimiento.

—Mira, tío. El sofá.

Una bala había perforado el sofá, aunque antes taladró si abrigo de Mabel que lo había arrojado de cualquier modo en el sofá cuando llegó a casa en pleno bombardeo.

James examinó la prenda.

—Debió creer que había alguien sentado ahí... Venía a matarnos. Pero... ¿a quién de los dos?

* * *

El inspector Burns examinó la pequeña terraza y la escalera de incendios que comunicaba con un patio común. Más allá estaba la calle.

—No hay duda de que la bala fue disparada desde aquí. La trayectoria de ésta, si los técnicos no opinan lo contrario, parece ser correcta. —Y miró a su ayudante que asintió en silencio. Y Burns continuó—: Esas sirenas que oyeron después del bombardeo puede que fueran la causa de que el asesino huyera por miedo a que le descubrieran... Hum, será interesante conocer el calibre de la bala y la clase de arma con que fue disparada.

—Inspector... Desde este momento deseo protección para mi sobrina.

—Señor Carradine, no se haga muchas ilusiones... Al parecer hay alguien interesado en quitar de en medio a todas las personas que conocen más o menos el caso... Por consiguiente usted también necesitará ser protegido... mientras no sepamos quién es el causante de todo esto.

—¿Pero qué puede tener contra nosotros esa persona, inspector? —inquirió el consejero del Banco.

—No lo sé... Tal vez piensa que saben demasiado.

—Sabemos que han ocurrido un par de asesinatos y poco más.

—Cierto, pero en realidad todo parece indicar que el segundo asesinato es sólo una consecuencia del primero...

Ustedes, gracias a este magnífico detective particular que tienen en el señor George Kane, se han enterado de la existencia de ese tal Aldo Moore y a partir de aquí es cuando se suceden los atentados, uno de los cuales, desgraciadamente, con éxito...

Se refería, claro está, a la muerte de Jackie Scott.

—Parece —siguió el inspector— como si el solo conocimiento de la amistad de ese tal Moore con John Kelly hubiera desencadenado la tormenta...

—Inspector... hagan lo posible para encontrar a ese hombre...

—Lo estamos intentando —repuso Burns.

Una voz sonó tras él procedente del vestíbulo. Era George. La puerta estaba custodiada por un policía que fue quien le franqueó la entrada y acompañado por otro agente entró en la casa.

George terció:

—No estoy de acuerdo con usted, inspector.

—¡Hombre! Me estaba preguntando dónde diablos se habría metido... ¿Ha estado paseando bajo las bombas?

—Usted sabe perfectamente lo que he estado haciendo.

—Sí. Metiendo las narices donde no debe.

—Gracias a esto sé lo mismo que usted, que Aldo Moore embarcó la misma noche del crimen. Suponiendo que fuera él quien asesinó a John Kelly... existe otra persona, otro criminal que anda suelto. El que anoche mató a Jackie Scott e intentó hacer lo mismo conmigo.

—¡Vaya! ¿Ha sido su inteligencia la que le ha hecho llegar a esta conclusión?

George cambió de tema como si de repente hubiese caído en la cuenta de algo anómalo:

—Por cierto... ¿Qué hace usted aquí con la casa vigilada?

Fue Mabel la que contestó:

—Alguien ha entrado por la terraza y ha disparas*. ¡Mira el sofá!

George observó el orificio de la bala que después de perforar el abrigo de la muchacha había penetrado en el respaldo del sofá.

—Hay que encontrar a esa persona sea como sea. Desde ahora no voy a dejarte sola ni un momento, Mabel —aseguró George.

—Ya he pedido protección para ella —murmuró James,

—Tenemos que encontrar a este hombre —dijo George, enérgicamente.

—Usted no tiene que encontrar a nadie, señor Kane.

—Escuche, yo no trato de entorpecer su labor, pero tengo prisa en aclarar todo esto.

—No crea que yo me divierto con ello. Usted pretende colaborar a su modo, pero no facilita toda la información que sabe, y no puedo ponerle a un hombre noche y día para que le vigile.

—No es a mí a quien tiene que vigilar, inspector.

—No quiero más cadáveres... Aunque sea el suya Ya está bastante complicada la cosa.

—Oiga... Dijo usted que me mantiene vigilado.

—Sí. El agente le perdió la pista a causa de la niebla. De ahora en adelante procure salir poco de casa y no trate de despistar a quien le siga. Es por su seguridad.

—¡Vaya! ¿Y pone usted a una mujer detrás de mí?

—¿De qué diablos está hablando?

George sacó el tacón que había encontrado cerca del puente.

—Alguien que utilizaba zapatos de mujer iba de mí. Seguramente se asustó por la alarma aérea... Bern, estoy seguro de que este tacón pertenecía a la persona que iba detrás de mí.

—¡Deme eso!

—¡Inspector! —sonrió George.

Burns se había puesto repentinamente serio mientras examinaba el tacón.

—Sepa, Kane, que quien le seguía por orden mía no era una mujer.

George cambió una mirada casual con Mabel.

Ella se apresuró a decir:

—Puede que te confundieras y ese tacón no perteneciera a la persona que crees que te seguía.

—Estoy completamente seguro, Mabel. Podía oír los pasos... Y cuando encontré el tacón, esos pasos sonaban como si perteneciesen a una persona coja... ¿Comprendes? Alguien que había perdido el tacón del zapato... —Dirigiéndose al policía, añadió—: Son más bien planos y anchos, suenan aproximadamente como los de un hombre, por eso no lo advertí antes.

—Guarde esto —dijo el inspector a su ayudante envolviendo el tacón en un pañuelo.

Volvió la mirada a George, que añadía:

—Cómo ve yo no le oculto nada...

—¿Está seguro, Kane?

—Sí...

—Pues yo diría que no dice usted la verdad... ¿Recuerda su revólver? El que me dio anoche.

—Sí...

—¿No tiene nada que decirme sobre ese «treinta y ocho»?

—Sí. Que usted pensaba que podía ser el arma utilizada para matar a mi amigo.

—Bueno... Mi intención era examinar la clase de balas y su huella al salir del cañón... No. No es la utilizada para asesinar a su amigo, Kane, aunque es del mismo calibre... —El policía hizo una pausa ante el silencio general para proseguir seguidamente—: Sin embargo, ese revólver... lo sacó usted de entre los escombros de la casa de John Kelly.

George no lo negó. Posiblemente pensó que sería inútil.

Y el inspector, como queriendo reforzar su declaración haciéndola irrefutable, añadió:

—Los técnicos descubrieron polvo adherido... Lo comprobaron con el que existe en el patio de enfrente de su casa y el resultado fue negativo. Luego fue comprobado con los fragmentos de los cascotes recogidos en la residencia de John Kelly... Y éstos dieron resultado positivo.

—¡George! —exclamó Mabel—. ¿Recogiste ese revólver de que habla el inspector de...?

El la atajó llanamente:

—Sí, Mabel. No quise decirte nada, pero lo encontré cuando fuimos a ver si encontrábamos el dinero. Tú no te diste cuenta.

—¿Y es tuyo ese revólver? —preguntó ella.

George asintió.

—Ahora —adujo el inspector— dígame cómo fue a parar ese revólver allá, señor Kane.

—Lo perdí la otra noche...

—¿La noche del crimen, quiere decir?

—Sí.

—Eso demuestra que fue a visitar a su amigo con un revólver que forzosamente tuvo que sacar del bolsillo para perderlo...

—Sabía que tarde o temprano tenía que contar esto...

—Pues empiece. Y más le hubiese valido hacerlo al principio.

—Creí que no tendría importancia.

—Si me permite, seré yo quien decida lo que tiene o no tiene importancia —atajó el inspector con un poco más de energía, en su flema habitual.

—Inspector... Preferiría contarle esto a solas.

—¡George! —intervino nuevamente la muchacha—. ¿Qué sé lo que ocultas? Sabes que en este asunto tengo tanto interés como el que más... Ahora estoy más convencida que antes de que John era víctima de un complot. Su cambio no era real... Alguien hizo que cambiara con algún fin premeditado...

—Cálmese, señorita —pidió Burns.

Luego, volviéndose hacia George, esperó a que éste decidiese dónde deseaba hablar.

Capítulo XV

GEORGE accedió a los repetidos ruegos de Mabel.

El despacho de tío James sirvió para que Kane iniciara el relato en presencia de los Carradine, de Burns y de su ayudante.

—Creo —empezó— que desde el primer momento dije que mi intención era quedarme en la calle y esperar para ver quién acudía a la cita con mi amigo... Quizá por intuición, o por algo extraño que no sabría cómo explicar tuve un raro presentimiento. Me precio de conocer a la gente y saber cuándo un problema les atormenta.

—Déjese de hacerse propaganda y vaya al grano —cortó Burns—. Admito que encontrara extraño a su amigo y le picara la curiosidad... Siga.

—Espiar en la calle a un amigo me parecía algo poco elegante... Así que al cabo de diez minutos decidí volver.

—¿A qué hora?

—A las siete en punto —repuso seguro George.

Y comenzó a relatar los hechos, de modo que todos los presentes tuvieron la sensación de imaginarlos tal como realmente sucedieron.

George los revivió con sus propias palabras del siguiente modo:

—Llamé otra vez al timbre.

»Me abrió John personalmente con gesto grave. Esperaba que fuera otra persona.

»—¿Otra vez tú? —espetó al verme,

»—¿Te molesta?

»—Sí, George. Si he de serte sincero, me estás molestando.

»—No te entretendré mucho —dije yo y a pesar de que intentaba

impedirme el paso le empujé levemente y entré. El cerró la puerta detrás de mí.

»—Vas a estropearme un buen negocio. Es una buena oportunidad que tengo de invertir mi dinero antes de marchar.

»—¿Es un buen negocio? —inquirí yo.

»No es necesario que haga hincapié en mi sospecha de que pudiera estar metido en algún lío... Ese interés en permanecer solo olía a negocio digamos poco limpio.

»—Para mí lo es. El mejor que puedo hacer.

»—No es que a mí me importe, claro está... Pero estás muy nervioso... Demasiado.

»—Cuando te pones en plan de detective eres aborrecible. Lárgate ya.

»—No me gustaría verte metido en ningún lío...

»—No necesito niñera. Ya soy mayorcito para andar solo.

»Su tono no podía ser más desabrido.

»—Bien —dije yo, viendo que era inútil entrarle por ningún lado porque se cerraba como si viera en mí a un enemigo— Ya eres mayorcito, en efecto. Pero no sé... veo algo extraño en todo esto. Si estás en un apuro, dímelo a pesar de todo...

»Todo esto ocurría en el vestíbulo y entonces sonaron unos pasos o él creyó oírlos... Me dijo que me fuera enseguida por la puerta del jardín. Traté de decirle algo y me empujó.

»EL pie escayolado me impidió aguantar el equilibrio y caí.

»Rodé por el suelo. Un momento antes me había quitado el paquete de cigarrillos del bolsillo. El mismo en que llevaba el arma. Debí caerme pero yo no me di cuenta... Eso es todo.

Y aquí George dio el relato por terminado.

—¿Seguro que no hablaron de nada más? —inquirió el inspector.

—No.

—Ni pelearon después de la caída... ¿No le amenazó él con un revólver?

—No.

—Lucharon y se disparó el arma matándole a él... ¿No es esto, Kane?

—¡No, por Dios, no! Yo no hubiese sido capaz...

—De acuerdo, de acuerdo. John Kelly era su mejor amigo... Lo ha repetido suficientes veces como para que nos lo creamos.

—Firmaré todo lo que he dicho si es preciso.

—Sí lo es —repuso Burns—. Y tengo que rogarle que me acompañe a mi despacho.

—Desde luego.

—Bien, entonces vamos ahora mismo.

El joven cambió una mirada con Mabel que no dijo nada.

—Buenas noches... Ya volveré en otro momento —se despidió él.

El inspector, antes de abandonar la casa, dijo:

—Tendrán dos agentes durante toda la noche. La casa estará vigilada... ¡Ah! ¿Suelen ir al refugio durante las alarmas aéreas?

Carradine negó.

—Bien. Eso es todo por el momento.

Se volvió aún al llegar a la puerta y preguntó:

—Dijeron que el disparo se había oído perfectamente. ¿Verdad?

—Sí. Yo estaba en el lavabo y lo oí a través de la puerta.

—Yo en el despacho. En realidad habíamos estado juntos hasta un momento antes —agregó el tío de la muchacha.

—Bien... Si lo oyeron es que el presunto asesino no llevaba silenciador.

—¡Inspector! —exclamó George—. Puede que haya más de una persona metida en todo esto.

—Bueno, bueno, Kane... No empiece con más conjeturas. Ya lo averiguaremos.

Y salieron de la casa acompañados del ayudante de Burns.

Tío y sobrina quedaron silenciosos como si no se atreviesen a despegar los labios.

En el coche del inspector, el ayudante de Burns se sentó delante, al lado del chófer uniformado.

Detrás lo hicieron el inspector y a su derecha George.

Una vez el coche en marcha, el policía murmuró:

—Bueno... Espero que con más calma me cuente a mí toda la verdad, Kane.

—Sí, inspector.

—Me di cuenta de que delante de Mabel le costaba hablar.

—Sí.

—¿Por qué no eligió directamente mi despacho? Habría resultado más fácil.

—No, inspector. Mabel hubiera podido pensar Dios sabe qué cosas.

Así de este modo sabe que volví allí y conoce una parte de mi declaración que no compromete a nada. Espero que no entre en sospechas de la verdad.

—Si ésa ha sido la causa, le felicito por su tacto. Ha dicho una verdad a medias, pero espero que esta vez la dirá completa, Kane.

—Desde luego.

—Pues ya era hora —repuso el policía lanzando un bufido.

Capítulo XVI

EL inspector accedió a quedarse a solas con George, sin testigos, ni nadie que tomara notas.

—Le advierto que me estoy cansando de hacer concesiones, Kane.

—Inspector, cuando sepa la verdad comprenderá por qué prefería callar lo que voy a contarle... No me gusta echar tierra sobre los muertos y más tratándose de un amigo.

—Está bien, está bien... ¿Hasta dónde es verdad lo que contó en casa de los Carradine?

—Hasta el momento en que dije que John creía haber oído pasos.

—Siga.

Y George volvió a situarse en el lugar de la acción. Allá en el vestíbulo de la casa que ya no existía, de pie frente a su amigo.

—Si puedo ayudarte, dímelo a pesar de todo —le había dicho.

»—Escúchame, George... Olvídame para siempre... ¿Comprendes? Para siempre. He querido romper con todos para que nadie me eche de menos... No fui al hospital a verte adrede... No quiero amistades.

«Hablaba fuera de sí, como pocas veces le había visto, intenté sujetarle.

»—Cálmate, cálmate...

»—No me toques —repuso dándome un empujón. No caí, desde luego, sólo me, quedé mirándole a los ojos... Estaba excitado, como si no se hallara en sus cabales.

»—Muchacho... sólo vas a la guerra... No es forzoso que tengas que morir... Es eso lo que te ocurre, ¿verdad? Piensas que no volverás... Sí. A muchos les pasa igual.

»—Cierra el pico.

»—Sólo trato de decirte que por mi experiencia...

»—¡Al diablo con tu experiencia! —me atajó—. Yo nunca voy a tener experiencia.

»—¿Qué estás diciendo?

»Se dio cuenta de que había hablado demasiado y se abalanzó sobre mí.

»—Vas a callarte. ¿Sabes? Vas a callarte como un muerto... Después lo sabrás todo... Porque todos os enteraréis, pero será después... Y ahora tú cerrarás el pico.

»Volvió a empujarme y esta vez sí que caí.

»EL seguía excitado, cada vez más... Me habló, creo, porque en aquellos momentos necesitaba hacerlo. Desahogarse con alguien... Contarme todo su plan.

»Yo le comprendí antes de que hablase. Me levanté despacio. Noté el bulto de mi revólver en el bolsillo y recuerdo que sentí un escalofrío... Me dije si tendría que usarlo contra mi amigo para defenderme...

»—¿Piensas desertar? —pregunté innecesariamente.

»John estaba embalado. Hablaba deprisa, atropelladamente.

»—Sí, George. Me largo. Yo no he declarado esta guerra. No quiero morir como ya han muerto miles de compatriotas... Pero sólo mueren los tontos. Yo no creo en las guerras. ¡Que las hagan quienes las provocan! ¡Qué cómodo es mandar a la gente a matarse! ¡Al diablo con todos! ¡Yo no! ¡Yo soy distinto y por eso no iré! Esa persona a la que espero me venderá un pasaporte. Falso, desde luego. Voy a convertirme en americano y embarcaré en el primer barco. Sale mañana por la mañana... Ahora ya lo sabes todo... Voy a pagar dos mil quinientas libras, pero me quedarán otras tantas para vivir y empezar una nueva vida en un país libre. Muere tú si quieres. Muere como un imbécil, pero a mí no me cogerán.

»Avanzó de nuevo hacia mí, con los ojos saliéndosele de las órbitas.

»—Y mucho cuidado con abrir la boca... Sabría que lo habrías hecho tú y te mataría, George... Te mataría porque estoy dispuesto a todo.

»—No sabes lo que dices. No lo sabes. Has perdido el juicio.

»Me sujetó de nuevo por las solapas, forcejeamos... Yo estaba todavía demasiado anonadado por aquella confesión.

»EL iba gritando, decía cosas... amenazaba.

»Yo reaccioné al fin y le empujé, pero él me golpeó.

»—¡Estás loco! —volví a gritarle.

»Se lanzó contra mí y caí. Entonces sí debí perder el revólver.

»Y él volvió a la carga. Me lo quité de encima.

»La pelea se recrudeció. Mi pie me impedía desenvolverme con soltura, pero siempre fui mejor luchador que él.

»Le derribé y quedó medio atontado durante unos segundos.

»Aquel golpe en la mandíbula le relajó.

»Le contemplé un instante sentado en el suelo.

»—Vete —me susurró consultando de nuevo su reloj—. Son las siete y cinco minutos... La persona a la que espero llegará de un momento a otro.

»—Sí, John. Me voy. Y que tengas buena suerte. Haces mal, pero por mí nadie lo sabrá. Yo no soy un delator.

»Salí de la casa sin darme cuenta de que había perdido mi revólver... Tampoco me percaté de que Jackie Scott estaba escondido en alguna parte y que me vio salir.

Y aquí George terminó definitivamente su relato.

—Ahora —añadió— comprenderá, inspector, por qué una vez muerto John prefería guardar silencio sobre todo esto.

—En efecto. No son cosas agradables... —carraspeó el de Yard.

—Le ruego que lo guarde como un secreto. De nada serviría divulgar que pretendía convertirse en un desertor.

—De acuerdo. Espero que no sea necesario tener que mencionarlo, pero de no ser así...

—Lo importante es encontrar a ese Moore, a través de la policía española... y hallar también a sus cómplices en Londres.

—Kane... ¿Está seguro de que el reloj de su amigo no se detuvo al ser golpeado por usted?

—Sí. Él dijo que eran las siete y cinco y su hora coincidía con la mía.

—Entonces...

—Creo que ya lo tengo, inspector... Moore era un desaprensivo y lo que pretendía no era venderle un pasaporte, sino quedarse con el dinero, por eso no lo hemos encontrado.

—Tal vez...

—Observe un detalle importante, Burns. Yo salgo a las siete y cinco y su reloj señala las siete y diez. Y yo no me crucé con nadie, por la calle... ¡Cielos! Es lo que dijo Jackie Scott.

—Bueno, no me tenga intrigado, suéltelo ya todo de una vez.

—Él estuvo allí y aseguró que no había visto entrar a nadie, pero esperaba que lo hiciera Moore.

—¿La puerta del jardín? —insinuó el policía.

—¡Claro! Moore debía estar allí. Y hasta puede que escuchara mi conversación con George.

—Es posible...

—Esto explicaría mejor las cosas... A Moore no le interesaba que nadie conociera qué clase de relación le unía con John Kelly... Al oír cómo discutíamos supo que John, en su arrebato, me había confesado a mí sus propósitos... Puede que ni siquiera mediara palabra, entró y cuando John pensó que iban a hablar de ese falso pasaporte, el otro sacó el revólver y disparó a quemarropa.

—Una hipótesis muy estimable —aceptó el policía—. Siga...

—Pero entonces quedo yo... Moore sabe que yo conozco las intenciones de John... Y que una vez se descubra su asesinato, yo podré decir todo lo que sé... Y Moore tiene que marcharse aquella misma noche porque lo ha planeado todo así...

La pausa de George quedó suplida por la deducción del inspector Burns, que dijo:

—Y entonces busca a un cómplice para que le quite a usted de en medio si observa que husmea en el asunto.

—¡Exacto!

—Un cómplice que vaya matando a todas las personas que puedan saber algo...

—Pues...

—Sí. Pudiera ser, pero me parece un cómplice demasiado fiel... Pienso si Moore le pagaría aproximadamente a tanto el muerto —repuso el policía sarcásticamente.

—Quizá sea lo único que no encaje... A menos que Moore siguiera en Londres.

Entonces el inspector hizo una declaración sorprendente:

—Kane... Moore sigue efectivamente en Londres.

—Entonces...

—Escúcheme bien, Kane... Y esta vez le ordeno que guarde absoluto silencio. Observe que la Prensa no ha hecho mención alguna del caso. Comunicó la noticia de un posible asesinato pero sin dar nombres. Primero porque ignorábamos todavía la existencia de ese americano, pero ahora, y por razones que ya conocerá, es preferible que siga el silencio. ¿Me ha entendido, Kane?

—Sí, inspector —repuso George.

Capítulo XVII

LA compañía naviera no había mentido con respecto a la marcha del pasajero Aldo Moore en uno de sus buques. El motivo por el que, sin embargo, Moore estuviese en Londres era debido a lo ocurrido durante la travesía.

George Kane supo la verdad a través del inspector Burns.

Supo, que el barco navegaba en las proximidades de una unidad naval de la marina de guerra británica.

Los aviones alemanes atacaron dicha unidad y de poco sirvió que el carguero enarbolara bandera neutral.

Una de las bombas, o minas, alcanzó una parte de la nave que zozobró.

Desde luego hubieron muertos y heridos que tras la escaramuza pudieron ser rescatados por uno de los barcos ingleses y así supervivientes y heridos fueron devueltos a Inglaterra.

Sin la circunstancia de la guerra, el presunto asesino hubiera llegado a España y de allí habría podido dirigirse Dios sabe dónde, pero el destino quiso que fuese devuelto a Inglaterra sin intervención de la policía.

Moore era uno de los heridos.

Burns permitió que George le acompañara al hospital para verle.

—Está inconsciente —dijo el médico que le atendía.

Le tenían en una habitación aparte. El médico se lo mostró.

—¿Se salvará? —inquirió Burns.

—Depende de cómo reaccione.

—¿Qué es lo que tiene?

—Quemaduras en el cuerpo.

La habitación, en la penumbra, permitía ver el vendaje que le cubría la cabeza y casi todo él rostro.

George lo hizo notar.

—¿Rotura de la base del cráneo? —inquirió.

—No, no. Pero le faltó poco. Se dio un fuerte golpe. Ha sido necesario operar.

—Suponiendo que todo vaya bien, doctor —inquirió el inspector—, ¿afectarán sus heridas al cerebro...? Me refiero en cuanto se haya repuesto.

—No lo creo. Es un caso bastante corriente, y ahora, señores, discúlpenme. Tenemos mucho trabajo. Los médicos tendríamos que pasar la cuenta a Hitler...

—Ya se la pasarán algún día —repuso el inspector.

Abandonaron el hospital.

—Hay órdenes para mantenerle bajo vigilancia... Aunque ahora no es estrictamente necesario dado su estado —murmuró el policía al pie de su coche.

—Ahora falta su cómplice... Por cierto, ¿averiguó algo sobre el tacón de zapato que encontré?

—Todavía no sé nada.

—A mí se me ha ocurrido algo.

—¿Qué es?

—Jackie Scott tiene una hermana, ¿verdad?

—Sí...

—¿Me permite que vaya a visitarla?

—No empecemos.

—Es una corazonada. Prometo no ocultarle nada.

—Bien... ¿Ve aquel hombre que está en la esquina leyendo el periódico?

—¿Es mi guarda de corps? —sonrió George.

—Sí. No le despiste. ¿De acuerdo?

—Se lo prometo.

El inspector montó definitivamente en su coche, pero antes de arrancar dijo:

—¡Ah! La bala hallada en el sofá de los Carradine no pertenece a la automática con que fue asesinado Jackie Scott.

George lanzó un silbido.

—¿No estaremos luchando contra una banda organizada?

—Puede que sólo se trate de una persona con diferentes armas... para despistarnos —repuso el policía y con una seña indicó al chófer que arrancara—. ¡Ah! El domicilio de esta chica es Cherman Books, 66.

George agradeció con una sonrisa el detalle del inspector.

Era pleno día y hasta lucía un tímido sol que a menudo se ocultaba bajo las nubes.

George comenzó a andar sin prisas, seguido del policía que guardaba sus espaldas.

Tomó el Metro procurando observar a la gente de forma disimulada para intentar descubrir si alguien le seguía o estaba pendiente de él.

Hizo el trayecto sin que ocurriera nada de particular. Procuraba no detenerse para no obligar al policía a hacer lo mismo.

Un autobús completó su recorrido hasta hallarse en la calle donde vivía la hermana de Jackie Scott.

Más tarde estaba en la casa.

—Mi nombre es George Kane, y siento haberla despertado —dijo observando a la muchacha que le abría somnolienta, con un salto de cama.

—Soy enfermera y esta semana me ha tocado el turno de noche... ¿Qué desea usted? ¡Oh! Ha dicho que se llamaba...

El repitió el nombre que ella recordaba perfectamente porque salió en los periódicos tras el asesinato de su hermano.

—Pase, pase —repuso ella con cierto recelo.

El la observó. Tenía una bonita silueta.

—Supongo que mi visita no le será muy agradable.

—¿Qué ha venido a buscar aquí? ¿Información? Primero la policía... Ahora usted. No me diga que viene a darme el pésame.

—No. Aunque siento lo de su hermano.

—Seguramente ahora todos estarán contentos. Ya no habrá dudas de que él no tuvo que ver en ese asesinato, porque también ha sido otra víctima. ¿De qué sirve haber ganado medallas? ¿Por qué no investiga la autoridad militar?

—No se preocupe. Los militares están al corriente del asunto. Aunque oficialmente el caso lo lleva Scotland Yard, la policía militar también efectúa sus pesquisas.

Se produjo un silencio como si ella no tuviera intención de dar motivo para que la conversación prosiguiera.

—Yo no tengo la culpa de lo ocurrido.

—¿Por qué fue a verle mi hermano?

—Porque prefería hablar conmigo antes de hacerlo con el inspector Burns.

—Fue una casualidad que le mataran a él y no a usted. ¿Verdad?

—Por ahora estoy fuera de toda sospecha, pero si le agrada saberlo, el asesino también intentó matarme a mí.

—Eso fue lo que leí en los periódicos porque poca información más se me dio.

—Y usted quería conseguirla de mí. ¿No es así?

—¿Qué?

—¿No hizo nada por verme, últimamente?

—¿Qué clase de engreído es usted, Kane?

—No, no. No se confunda... La otra tarde me siguieron... Entre la niebla... Usted perdió el tacón de su zapato.

—¿Pero... qué patrañas se está inventando? Creo que es mejor que se marche.

—Oiga, señorita, yo no supongo que usted me siguiera para agredirme... Posiblemente quería saber esos detalles que, según usted, nadie le comunicó. O quizá sospechaba de mí y quería saber lo que hacía, dónde iba...

—Está usted loco. Tengo bastante trabajo... Y si sospechara de alguien lo comunicaría a la policía, y si no actuaba con rapidez acudiría a los periódicos. Deseo más que nadie que el asesino pague con la horca... Y ahora, se lo ruego, váyase.

George volvió la mirada hacia los pies de la muchacha. Eran menudos, mentalmente calculó que no usaría más allá de una talla treinta y cuatro.

Se dijo que el tacón más bien ancho que encontró, pertenecía a un zapato de mayor tamaño. A un treinta y ocho o treinta y nueve.

—No. No fue usted —murmuró como si hablara consigo mismo—. Disculpe que la haya molestado. Sinceramente, yo también deseo encontrar al asesino de su hermano... Y si tuviera alguna sospecha no vacile en llamarme. Mi nombre está en la guía... O llame a Burns. Puede parecerle antipático, pero él cumple con su deber. Créame. Es un buen policía.

Salió de la casa.

Ella pareció dulcificar ligeramente su rastro. Sin embargo, cerró la

puerta sin musitar un adiós. Ella, comprendió.

Pero en su mente había surgido otra idea.

Si no había sido la hermana de Jackie la que le siguió aquella noche, ¿qué otra mujer sería? Porque estaba seguro de que era la propietaria de aquel tacón perdido la que iba tras él.

De repente le vino una imagen fugaz a la mente.

Tomó el primer taxi que encontró y se dirigió a casa de los Carradine.

El policía que estaba en la puerta informó:

—El señor Carradine está en el Banco y su sobrina, la señorita Mabel, ha salido de viaje.

—¿De viaje?

—Al campo. De eso le informará mejor el señor Carradine.

Bastante sorprendido, George dejó la casa.

* * *

—Pues sí... Pensé que era lo mejor para ella —dijo James Carradine sentado tras su mesa del despacho privado que ocupaba en el Banco—. Unas semanas de vacaciones en casa de sus primos le sentarán bien. Todo esto la ha hecho sufrir mucho. Además, allí hay mayores seguridades. En Londres vivimos con el peligro constante.

—Desde luego, pero pensé que... En fin...

—Ya sé lo que piensas... Debió despedirse. La culpa es mía. Lo decidimos enseguida y ella intentó llamarte pero no estabas. Le prometí que te pediría disculpas en su nombre... Y descuida. Seguramente te escribirá.

—Escuche... Yo... yo deseaba hacerle una pregunta que puede parecerle un tanto extraña. Pero... Ella... Mabel... No duda de mí, ¿verdad?

—¿Dudar?

—Respecto a que yo hubiera podido tener algo que ver con...

—Oh, no. Nunca hemos hablado de esto. Puedes estar tranquilo.

—Sin embargo... Dígame... ¿qué número calza ella de zapatos?

—¿Su número? Pero... ¿por qué?

—Contésteme, por favor.

—Pues no lo sé... Un treinta y ocho tal vez. ¡Ah! Pero ahora caigo... La otra noche dijiste que una mujer te había seguido. Encontraste el

tacón de uno de sus zapatos.

—Sí...

—¡George! ¿No irás a suponer que ella...? No te lo consiento, George...

—Escuche, señor Carradine... Me consta que ella está ansiosa por descubrir a la persona que se oculta detrás de todo... Forzosamente tiene que pensar en John... Por eso le he preguntado si dudaba de mí... Esa sería una razón suficiente para que decidiera seguirme...

—Seguro no lo sé... Pero no la creo capaz.

—¿Sabe si últimamente ha llevado algún par de zapatos a arreglar?

—Cómo puedes suponer, no me ocupo de estas cosas. Pero puedes ver tú mismo los zapatos que ha dejado en el armario. Ven esta tarde... Claro que si ella supiera esto... nos lo reprocharía a los dos.

—Tiene usted razón. Olvídelo. Después de todo... —quedó mirando hacia el suelo a ningún lugar en concreto. Parecía pensar—. Después de todo... —repitió—. Es una tontería. Adiós, señor Carradine.

—Adiós, muchacho. Si quieres ir a verla, tanto mejor. Ya te dije que ahora necesitaba mucha distracción. Si vas, no le hables de nada de todo esto... ¿Tienes las señas?

—Conozco el pueblo, pero no recuerdo exactamente.

—Te las anotaré.

El tío de Mabel anotó las señas en una cartulina y las entregó a George que la guardó en el bolsillo.

Antes de que George se despidiera, Carradine preguntó:

—¿Alguna novedad?

—Ninguna.

Se abstuvo de nombrar a Moore, de acuerdo con las instrucciones del inspector.

—Ya veo que su casa sigue vigilada —añadió el joven.

—Sí. Aunque por mí haría retirar esa vigilancia. Era por Mabel por quien sufría. Me da mucha pena, y no me perdonaría que pudiera ocurrirle algo malo.

—¿Sabe alguien dónde está aparte de mí?

—No. Bueno. Lo comuniqué al inspector Burns.

—Mejor así. Adiós, señor Carradine.

—Adiós, muchacho, y olvídate de eso de los zapatos. Estoy convencido de que ella nunca haría una cosa así.

George salió pensativo.

Tenía la vaga sensación de que estaba cerca de la verdad. Muy cerca. Pero todo aparecía confuso todavía como envuelto en un velo neblinoso.

Capítulo XVIII

DURANTE los cuatro días siguientes George consultó con Burns sobre el estado de Aldo Moore y la respuesta fue siempre la misma:

—Sigue sin recuperarse. No se preocupe, Kane. En cuanto sepa algo definitivo se lo comunicaré.

Esa fue la última de las conversaciones telefónicas sostenidas entre George y el policía.

Burns le dijo:

—¡Ah! El tacón que me dio pertenece a un zapato tipo corriente. Lo venden en los grandes bazares. En el London's Popular, por ejemplo.

—Gracias, inspector. Pasaré unos días fuera.

—¿Dónde?

—Con Mabel. Creo que ya sabe usted las señas.

—Lo suponía... ¡Que se divierta!

Desde el relato de su segunda ida a casa de John Kelly, el inspector parecía haber cambiado y en esta última conversación hasta le pareció más jovial.

George hizo un breve equipaje y tomó el primer tren que salía de la estación de Waterloo.

En menos de tres horas llegó al pequeño pueblo, en medio de la verde campiña.

Se hospedó en el viejo hostel del lugar y luego fue en busca de Mabel.

Ella quedó muy sorprendida de verle, pero contenta.

Inevitablemente tuvieron que hablar de lo ocurrido y él aseguró que todo seguía lo mismo.

Durante dos semanas se vieron casi a todas horas y hasta parecía que ambos hubiesen olvidado aquel asunto.

El tiempo pasó volando a ambos y muchas de las horas las dejaban transcurrir a la orilla del pequeño lago a las afueras de la población.

El observaba los pies de la muchacha.

Sí. Su número era un treinta y ocho largo. Lo comprobó incluso una vez que ella se descalzó.

Al final de la última semana casi sin poderlo evitar... como una cosa nacida de un impulso mutuo, se besaron.

Ella se levantó como si de repente pensara que había hecho una cosa mala.

Él se colocó tras ella y la sujetó por los hombros.

—Tenía que suceder, Mabel...

—Volvamos a casa.

—Sí, Mabel... Y mañana regresaré a Londres... He pasado unos días maravillosos, pero quiero saber cómo andan las cosas allí.

—Yo también. Dile a tío James que regresaré un día de éstos.

—Tú estás bien aquí... Yo volveré, Mabel.

—No. Prefiero estar allí.

—Haz lo que creas conveniente... pero antes quiero que sepas una cosa porque no me gustaría que hubiese equívocos...

—¿Qué es?

—Se trata de aquella ocasión en que fui seguido por una mujer.

—Comprendo... Piensas que pude ser yo —repuso ella como si hubiera estado esperando la insinuación desde hacía tiempo.

El quedó ligeramente desconcertado.

—Llegué a preguntárselo a tu tío. Es lo que quiero que sepas. Pero no he venido aquí por esto. Deseo que me creas. Es la verdad.

—Yo también voy a decirte la verdad... No fui yo quien te siguió, pero aquel tacón pertenecía a uno de mis zapatos.

Ahora el desconcierto de George era total.

—¿Qué dices?

—George... unos cuantos años antes hubiese sido incapaz de echar de menos unos viejos zapatos. Tenía tantos que sólo reconocía los últimos pares que había comprado... Ahora las cosas han cambiado para nosotros. Parte del dinero que teníamos se perdió con la crisis que ha supuesto la guerra para muchos negocios. Tío James tampoco ha tenido demasiada suerte últimamente. Esto quiere decir que ya me es

más fácil reconocer mis zapatos. Antes me los tiraba mi madre cuando todavía vivía y no me daba cuenta. Ahora sí...

—Pero... Si eran tuyos... ¿Quién los utilizó?

—No lo sé. La verdad es que llevaba bastante tiempo sin verlos. Ni me acordaba de ellos hasta que vi el tacón... Tiene una forma especial. Son corrientes, comprados en un bazar.

—Ya lo sé.

—Bien... aquella noche cuando vi el tacón, los busqué. No estaban. Incluso se lo dije a tío James., Me contestó que era absurdo que nadie robase un par de viejos zapatos. Pensé que tenía razón, pero esto no solucionaba el caso. A ti te habían seguido y la mujer que lo hizo utilizó mis zapatos.

—¿Recuerdas si tiraste algunos últimamente?

—No. Que yo sepa, no... Excepto que fuera la asistenta que viene a hacer la limpieza. A veces le doy algunas cosas que no necesito. Los zapatos no se los di que yo recuerde... A menos que los tomara ella.

—¿Se lo preguntaste?

—No tuve ocasión... Nos dijo que estaría algún tiempo sin venir. Tiene familia no sé dónde y tenía enfermos. Tuvo que ir a cuidarlos.

Tras un silencio, George murmuró:

—Me pregunto qué mujer podía estar interesada en seguirme.

—Quizá cumplía órdenes de otra persona.

—¡Tengo que dar con esa mujer! —exclamó él resuelto.

Había entrado de nuevo de lleno en su ansia investigadora, porque en definitiva nada se había aclarado totalmente, aunque el regreso de Moore a Londres en circunstancias forzosas parecía haber dejado el asunto paralizado.

Paralizado sí, pero no concluso.

—¿Conoces las señas del pueblo de esa mujer? —preguntó él.

—No. Pero creo que en casa están anotadas.

—Tomaré el último tren de la noche —aseguró él.

Se miraron a los ojos. Aquella vez, George reprimió sus deseos de besarla de nuevo.

Más tarde, en el tren que le conducía de nuevo a Londres, tenía otra vez aquel presentimiento de hallarse cerca, muy cerca del final.

En Londres, sin embargo, le esperaban algunas sorpresas...

Capítulo XIX

—ALDO MOORE se ha fugado del hospital.

Esta fue la primera sorpresa de la cual se enteró por boca del inspector Burns.

—Pero usted dijo que estaba vigilado.

—Y lo estaba, Kane. Desde luego.

—Me dijo también que seguía inconsciente...

—Mire, Kane. Ya le dije que este asunto es algo delicado. Ha intervenido la autoridad militar... Será mejor que lo olvide.

—¿Olvidarlo? ¿Quiere decir que esos dos crímenes van a quedar impunes?

—Yo también cumplo órdenes, Kane...

—No quiere que vea a Moore. ¿Es eso todo, verdad, inspector? Porque Moore sigue en el hospital.

—No.

—Su estado era grave. ¿Cómo puede haberse evadido?

—El médico no dijo que su estado fuese grave. Tenía conmoción y quemaduras. Puede que no esté del todo curado, pero su cabeza rige perfectamente.

—¿Y no harán nada por encontrarlo?

—Le repito que este asunto ha pasado a manos de la autoridad militar.

—Entonces... ¿Este es el fin de las pesquisas?

—Sintiéndolo mucho debo confesarle que sí... Si la autoridad militar se pone de acuerdo con el superintendente y mis servicios son requeridos de nuevo, con mucho gusto volveré a ponerme al frente del

caso.

—Nunca pensé que esto pudiera terminar así —musitó George pensativamente.

Se hizo un silencio que cortó el policía murmurando a su vez:

—George... Créame. No haga lo que está pensando.

—¿Y qué es lo que estoy pensando?

—Seguir por su cuenta.

George guardó silencio.

—Bien... En el hospital no encontrará a nadie. Vuelva a casa. Disfrute de su convalecencia y piense que diariamente muere mucha gente a consecuencia de la guerra. Su amigo y ese... Jackie Scott han sido dos víctimas más.

—¿Qué hay detrás de todo esto, inspector?

—Si yo lo supiera... —Y Burns se encogió de hombros casi melancólicamente.

George salió del despacho del policía, quien antes le advirtió:

—Puede volver a su casa cuando lo desee. He retirado a los agentes. No obstante, si cree que puede precisar nuestra ayuda...

—Gracias —adujo secamente George abandonando ya, definitivamente, el despacho.

Desde luego no estaba convencido de que el asunto debía terminar de aquella forma.

Estuvo deambulando hasta el anochecer.

Después decidió seguir adelante con sus pesquisas.

Desaparecido Moore, lo único que quedaba por averiguar es quién había robado los zapatos a Mabel, si es que verdaderamente habían sido robados.

Se encaminó al hogar de los Carradine.

Encontró a James Carradine, el tío de Mabel, que estaba solo en casa.

Casi a la misma hora Mabel tomaba el tren desde el pueblo de la campiña con dirección a Londres.

James Carradine hizo pasar a George mostrando su sorpresa.

—No te esperaba.

—Estuve dos semanas con Mabel.

—Sí. Me escribió una postal... ¿Lo pasaste bien?

—Sí... señor Carradine. Con Mabel hablamos de ese par de zapatos...

—¡Oh! Le dijiste que...

—Que había pensado en ella, sí... Pero, ¿por qué no me dijo usted que ella le habla dicho que los zapatos eran suyos?

—Bueno, la verdad es que no le di importancia. Tenemos una mujer que viene a limpiar a menudo.

—Precisamente. Por esto estoy aquí. Mabel me dijo que tenían las señas anotadas en alguna parte.

—Pero, ¿quién puede sospechar de la buena de Gertrud? Pero, en fin, voy a complacerte. En alguna parte debemos tener el bloc de direcciones. ¡Ah, sí!

Lo buscó en una consola del salón y sacó una libreta de tamaño normal y se puso a buscar.

—Gertrud Tholen. Vamos a ver.

—¿Tholen?

—Es el apellido de su marido.

—No parece inglés.

—No. Su marido era alemán. Murió hace algún tiempo.

—¿Eeh? ¿Ha dicho alemán?

Algo pasó por la imaginación de George en aquellos momentos.

Recordó las palabras de Burns. Le había dicho que el asunto pasaba a depender de la jurisdicción militar.

Bien que interviniera en la muerte de dos hombres del ejército, pero... esa orden de suspender la investigación...

Y una mujer con marido alemán.

—¿Y si se tratara de un asunto de espionaje? —soltó como si pensara en voz alta.

—¿Qué? ¿Espionaje?

Carradine se quedó mirando fijamente a George...

—No se me había ocurrido pensarlo, pero si es así...

—Deme esas señas.

—Mejor que no te metas en esto, George. Déjalo. El asunto puede ser dinamita pura.

Metió la libreta en el cajón.

—No. Deme esas señas —quiso coger la libreta y Carradine trató de cerrar el cajón.

—¿No te han advertido que dejaras de interesarte por esto?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Yo sé muchas cosas. Burns me ha tenido al corriente.

—¿Qué papel tiene usted en todo esto, Carradine?

—Ninguno. No sé más que tú.

—¿Qué más sabe?

—Nada. Olvídalo.

—No. No quiero olvidarlo. Deme esas señas o las conseguiré de todos modos... ¿Por qué encubre a esa mujer?

—Yo no encubro a nadie. Vete.

—Está bien. De una forma u otra lo sabré, Carradine.

—Este asunto ya no es de la jurisdicción de la policía. Deja que actúen los militares.

—Sí. Ya veo que está muy enterado. Bien, señor Carradine... Adiós.

Dio la vuelta cuando empezó a sonar la alarma aérea.

Caminó hacia la puerta y se volvió.

Bajo el cielo londinense ya roncaban los motores de la aviación. Las luces no tardarían en apagarse.

George se volvió.

Entonces vio claramente cuál era su situación.

—No, George. Será mejor que no te vayas.

Y lo dijo encañonándole con una automática.

—¡Carradine!

—Tarde o temprano acabarías descubriendo cosas que no me interesan.

—Comprendo... Fue usted... Usted mató a John Kelly.

—No. Te equivocas. En esto no intervine para nada. —Y mientras hablaba ponía el silenciador en la automática.

—A Jackie, entonces... Usted era quien estaba allí aquella noche...

—En eso aciertas, muchacho. Jackie sabía o podía llegar a saber demasiadas cosas. Cosas que me comprometían...

Cayó la primera bomba y no demasiado lejos de aquella zona. Los cristales tremolaron y la casa parecía sacudida por un movimiento sísmico, pero Carradine aguantó firme. Sin soltar el revólver.

—¿Qué cosas, Carradine? Acaso es usted un espía... Un maldito traidor a sueldo de los que nos atacan día y noche.

—No, George. En eso también te equivocas... Yo no soy un traidor, pero muchos dicen que esta guerra va a ser larga... y en ese ajedrez maldito los ingleses no somos los mejores situados en el tablero... Hice algunos negocios, inversiones en el extranjero.

—¡Con Alemania!

—La elección del país es lo de menos si se tienen posibilidades... Aldo Moore me ayudó bastante. Yo pensaba que nadie conocía nuestros tratos, pero después de la muerte de John Kelly me enteré de que habíamos estado vigilados por ese Jackie Scott. No podía cruzarme de brazos y menos estando tú de por medio...

—Le asesinó y trató de hacer lo mismo conmigo.

—Bueno, confieso que hubiese preferido verte muerto. Luego me dije que tal vez sería mejor esperar porque no podías saber demasiado. Manteniéndome a la expectativa no perdía nada... Pero eres demasiado terco.

—Y usted fue quien disparó contra su propio sofá. ¿No es así?

—Para cubrirme, para despistar, simplemente. Tengo una magnífica colección de armas. La policía espera encontrar siempre el mismo tipo de bala... Creo que eso los desconcertó.

—¿Y esos zapatos? ¿Qué hubiesen probado?

—Nada —dijo simplemente.

Con intuición, George observó los pies del tío de Mabel.

—Sus pies son relativamente pequeños para hombre, señor Carradine.

—¿Lo ves? Habrías terminado por darte cuenta.

—Fue usted quien me siguió...

—Y lo hice vestido de mujer. Una situación muy enojosa... pero quería conocer tus pasos.

—Y matarme, claro...

—Entonces habías adelantado demasiado, y no sabía lo lejos que podías estar de la verdad.

—Y ahora piensa matarme. ¿Cómo va a disimular el crimen?

—Ya me preocuparé de que tu reloj señale la hora del bombardeo... ¿Ves? ¡Siguen cayendo las bombas! Vuélvete de espaldas...

—No quiere matarme con el revólver por si acaso. ¿Eh? ¡No, Carradine! No le daré este gusto.

Otra bomba silbó muy cerca. Los cristales se rompieron, la casa tambaleóse en el momento en que la luz se apagaba.

George, instintivamente, se lanzó al suelo.

Un fogonazo surgió del arma que empuñaba su enemigo.

De un salto George se enderezó y esgrimiendo el bastón trató de alcanzar a su enemigo.

Carradine disparaba desesperadamente.

El silenciador ahogaba los disparos, pero los fogonazos delataban la procedencia de éstos.

Y seguían cayendo las bombas.

Luego se produjo un silencio.

«Ocho balas —calculaba mentalmente George—. ¿Cuántas ha disparado? Tres, cuatro, cinco. Sí, cinco.»

Echó algo al suelo y Carradine picó el anzuelo disparando otro par de veces.

Le quedaba una bala. Una sola.

—¡Carradine! —gritó el joven.

El otro, guiado por la voz, disparó, pero George ya había saltado para esquivar el balazo.

Ahora estaban los dos en igualdad de condiciones. Amparados en la oscuridad. No entraba ni el más ligero resquicio de luz.

George tanteó el terreno. Carradine también se había escurrido hacia otro lado.

Alguien tropezó con un mueble.

—¡No! —gritó una voz.

Era George. Carradine le arrojó el arma intentando alcanzarle la cabeza, pero George descargó su bastón un segundo antes y alcanzó a su enemigo que emitió Un gruñido.

—¡Agh!

—¡Quieto, Carradine! Ahora soy yo quien tiene un arma —advirtió George en la oscuridad.

Un nuevo estallido hizo temblar la casa.

—¡Carradine! —gritó George.

De pronto todo cambió.

La luz potente de una linterna enfocó la escena, George había mentido. En su mano no había ningún revólver.

El de la linterna bajó un momento la luz para enfocar su diestra. El sí que iba armado.

Su voz les conminó a los dos:

—¡Quietos!

George se echó hacia atrás pero el de la linterna le previno:

—¡Cuidado, George! He dicho que os estéis quietos.

Aquella voz...

George había tenido un súbito presentimiento.

Por un instante otra linterna enfocó de perfil el rostro del que

acababa de aparecer.

En el mismo instante y casi sin verle la faz, George había adivinado quién era y exclamaba:

—¡John!

Sí. El hombre a quien tenía enfrente. Uno de los hombres era John Kelly.

Capítulo

XX

LA conversación que se desarrolló a continuación tuvo lugar a la luz de aquel par de linternas. John no iba solo.

—Entonces... ¿Quién fue el que murió aquella noche, John? —inquirió George...

—Tú conoces la historia, George —repuso pausadamente su amigo—. Yo quería desertar, pero Moore vino con la intención de matarme y llevarse mi dinero.

—Luego... fuiste tú. Tú le mataste...

—Me defendí simplemente. Tuve más suerte que él. Fue un accidente en realidad, pero quise aprovecharme de las circunstancias. No soy un héroe. Te lo dije entonces...

Hizo una pausa para continuar.

Carradine temblaba ligeramente.

—Cambié mis ropas por las de Moore. Pensé en agujerear mi uniforme, pero se me olvidó el detalle del reloj... Tal vez porque no había premeditado aquello. No pensaba convertirme en un homicida, sólo en huir... Y lo conseguí. —Otra pausa para continuar—: En una hora arreglé el pasaporte, tomé las cosas de Moore y embarqué utilizando su nombre... ¿Perfecto, no? De esta forma yo había muerto y no podían acusarme de desertor.

—Pero...

—Espera. Quiero que lo sepas todo... Tuve suerte. Sí. Porque hasta el bombardeo que destruyó mi casa me favoreció... Yo pensaba dejar el cuerpo de Moore en cualquier lugar destruido por las bombas, pero cuando regresé vi que los alemanes ya habían hecho todo el trabajo por mí. Moore estaba casi irreconocible y yo... no tenía más que ocupar su

puesto... Luego ya sabes lo que pasó... Estaba escrito que debía volver a Inglaterra.

—Pero te has escapado. Te buscarán... ¿A quién haces el juego?

—Lo que son las cosas, amigo... Ahora quieren convertirme en un héroe.

Las bombas seguían cayendo entretanto... George todavía no acertaba a comprender.

John siguió:

—En el equipaje de Moore existía suficiente material para comprender que se trataba de un agente enemigo... Llevaba microfilmes y varios pasaportes con nombres distintos... No sé en realidad a qué nacionalidad pertenece, pero trabajaba para los alemanes...

—¿Le denunciaste al menos?

—A la fuerza, George... Ya te he repetido que no quería ser un héroe... Pero me volvieron a Londres... Me habrían descubierto. Así que tuve que confesarlo todo.

Se hizo un silencio. Las bombas continuaban atronando. Todo Londres estaba sometido a un intenso bombardeo.

John añadió:

—No me consideran ni siquiera un homicida... Maté a un espía. A un peligroso espía, pero nadie lo sabe. ¿Comprendes? Para el enemigo, Moore sigue vivo y me han pedido que siga actuando como si fuese él. Ahora voy a saber lo que es un riesgo de veras... No estaré en el campo de batalla sino en un sitio peor... En la casa del enemigo. Y no puedo negarme. Tengo que hacerlo. Quizá muriendo... borre mi cobardía, pero nadie lo sabrá. ¿Comprendes? Nadie, porque para todos seguiré estando muerto.

—¿Y Carradine?

—Le suponíamos un espía...

—¡No! ¡No lo soy! —protestó el aludido—. Yo sólo tuve negocios con Moore pero sin saber que trabajaba para los alemanes.

—Sí. Lo hemos comprobado... Han logrado descifrar un libro de claves y ahora el Mando ya conoce quiénes eran los enlaces de Moore... Pero Burns sabía que Carradine ocultaba algo y le explicó las cosas a medias para tenderle una trampa y te dejó a ti la puerta abierta para que prosiguieras la investigación. Sabe que eres muy terco.

Entonces la voz de Burns, procedente de detrás de la otra linterna, explicó:

—Sí, George. Nos ha ayudado a cazar a un mal sujeto. No es un

espía, pero sí un asesino... Sospeché que tenía algo que ver cuándo disparó contra el sofá... ése que está cerca de usted. —Y lo enfocó con la luz—. Verá... En el Yard no somos novatos y la casa estaba vigilada... por si acaso. No había entrado ni salido nadie, por tanto el disparo tuvo que efectuarlo alguien de la casa... Y la verdad es que hasta llegué a sospechar de Mabel...

—¡Mi sobrina nunca ha sabido nada! —protestó Carradine.

—Mejor así... Pero el asunto de los zapatos... En fin... Ahora ya todo se ha aclarado.

De nuevo intervino John:

—Y ahora, George, confío en tu silencio. Sé que eres discreto... Ya sabes la verdad... Con lo terco que eres

Hubieras terminado por descubrirla. Y esto es algo secreto... Y si alguna vez se menciona mi nombre relacionado con alguna heroicidad... sonrío escépticamente como tú sabes hacerlo. No. No soy ningún héroe, pero tampoco traicionaré a mi patria. Una cosa es desertar y la otra es ser un traidor. La vida tiene esas jugarretas... Ni una palabra a Mabel.

—Pero ella.

—¡Ni una palabra, George! —exclamó el otro.

George comprendió.

Carradine sollozó:

—Ella tampoco debe enterarse... Nadie debe enterarse de lo que hice... No quiero ser la deshonra...

Y obedeciendo a un impulso irresistible saltó hacia atrás, hacia su despacho.

—¡Deténgase, Carradine! —ordenó el inspector.

Pero Carradine había abierto ya una ventana de su despacho y se descolgaba hacia la parte posterior.

—¡Carradine! —siguió gritando el policía.

Poco después, Carradine huía desesperadamente cuando el bombardeo continuaba todavía en todo su trágico apogeo.

—¡Síganle! —ordenó Burns a los agentes que tenían vigilada la casa.

Los silbidos de las bombas sonaban cerca. Muy cerca.

—¡Ese hombre se va a matar! —gritó un agente.

Carradine corría como un loco y se perdió en una calle al fondo.

Los agentes seguían tras él.

—¡Cuidado! —gritó alguien.

Varias bombas caían sobre ellos.

Los agentes se echaron sobre un parterre.

Más allá sonó la explosión. Más o menos por donde había desaparecido James Carradine.

Aquello se convirtió en una pira ardiente entre escombros y cascotes.

Edificios enteros se derrumbaron como castillos de naipes. La búsqueda quedó interrumpida.

EPILOGO

LA alarma había cesado. John se despidió de su amigo. Llevaba un ligero vendaje en la cabeza, pero se le veía bastante normal.

La luz había vuelto a la habitación, y el inspector esperaba noticias de sus hombres.

—Adiós, George, y gracias por el interés que demostraste cuando me creíste muerto...

George sonrió con una ligera amargura.

—Que tengas suerte, amigo. Mucha suerte —deseó.

El inspector advirtió:

—Acaba de detenerse un taxi... ¡Es Mabel!

John miró en derredor.

—Debo marcharme. Ella no tiene que saber nada. Recuérdalo.

—Descuida —repuso George.

—Saldré por la ventana... Hasta... nunca tal vez,

Y John desapareció tras la ventana.

Poco después llegaba Mabel.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con un presentimiento. George cambió una mirada con Burns.

—Bueno... Están buscando a tu tío.

—¿Qué?

—Es que... No estaba en casa cuando empezó el bombardeo. Temen que... haya podido ocurrirle alguna cosa.

—¡Dios mío! —exclamó ella ignorante de lo ocurrido.

La angustiada espera tocó pronto a su fin.

Dos agentes llegaron a la casa.

—Inspector...

Al ver a la muchacha dudaron.

—Hablen —pidió Burns—. ¿Le han encontrado?

—Sí... inspector. Está muerto —dijo lacónicamente uno de los agentes.

«Es lo mejor —pensó para sí George—. Lo mejor para Carradine y para Mabel.»

—¡Oh, George! —sollozó ella—. Ahora estoy sola... Completamente sola.

—Disculpen —adujo Burns.

Ella se había abrazado instintivamente a George.

Burns le miró fijamente como interpretando los pensamientos de George que debían ser igual que los suyos...

«Sí... la muerte de Carradine era mejor para todos.»

—Mi misión ha terminado —dijo el policía dejando sola a la pareja.

Ella continuaba abrazada a George.

El musitó quedamente:

—No, Mabel. No estarás sola.

Y besó con ternura sus cabellos.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España